

Sarita Bravo

CRÓNICAS DEL RÍO

Amores, desamores y resistencia



Sarita Bravo
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798801656328

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Crónicas del río

Amores, desamores y resistencia

Sarita Bravo



CRÓNICAS DEL RIO

Hace cientos de años que recorro estas tierras. Me nombran de diferentes maneras de acuerdo a mi avance en el territorio, pero mi esencia es la misma. Orgulloso de mi apariencia, me deslizaba en ocasiones con calma y suavidad, mientras que en otras corría brioso como un corcel. Daba miles de vueltas creando recovecos paradisíacos. Hermosas playas se formaban en mis orillas. La vida se desarrollaba y crecía en mi entorno y dentro de mis aguas cristalinas. El canto de la vida me acompañaba por doquier. Fui respetado y venerado, ¡cuántas historias conocí! Hoy mi caudal ha disminuido. Solo soy una sombra del ayer.

Amores, desamores, guerras, ceremonias...

El territorio del cual les hablaré se llama Cunco

En sus comienzos era un fuerte. En 1883, estaba más cercano al pueblo de Melipeuco. Fundado por el Coronel Gregorio Urrutia, militar que venía de desempeñarse en la guerra del Pacífico. Demoró mucho tiempo en avanzar por este territorio cubierto de bosques nativos. Hasta que encontró un sitio tan hermoso, perfecto para defender y seguir con la usurpación de tierras, cercano al río Allipen. Así cumplía las órdenes de correr la frontera, emanadas del Presidente Santa María.

El pueblo mapuche siempre luchó, resistiéndose a la invasión española. Luego se defendió de los chilenos. El

fuerte fue abandonado por los españoles y destruido por el pueblo originario de estas tierras. La República de Chile existe desde el año 1810. En 1918 Cunco fue reconocida legalmente como comuna. El pueblo mapuche resistió fieramente. Se hizo respetar, firmando incluso tratados internacionales con el Reino de España.

La comuna de Cunco, que en mapudungun significa “agua oscura”, está ubicada a sesenta kilómetros de Temuco. En la provincia de Cautín, región de la Araucanía. Cercana a la frontera, solo setenta kilómetros aproximadamente la separan de Argentina. Es por esto que los habitantes de Cunco acostumbran a cruzar la cordillera. Son un solo pueblo mapuche, del océano Pacífico al océano Atlántico. Es un territorio bendecido. Dos grandes lagos se encuentran aquí, el Colico y el Caburgua.

Mis aguas provienen de otros ríos como yo, mi nombre es Allipen, pero es la misma esencia que compartimos con Curaco, Trafanpulli, Huichahue y Río Blanco. Las termas que salen de mí son famosas. En ellas grandes amores se concretaron.

Actualmente habitan este territorio 18.800 habitantes, diseminados por sus centros urbanos, el pueblo de Cunco, Los Laureles, Choroico, Las Hortensias y Villa García. Aunque los mapuches están mayoritariamente en el campo. Hacen sus vidas en las comunidades indígenas. Allí fueron arrinconados luego de la mal llamada pacificación de la Araucanía. El Estado de Chile les arrebató sus tierras y decidió regalarlas a colonos extranjeros.

Nadie conoce estas tierras y su gente, como yo. Por esta razón os las voy a contar

Las mujeres son las grandes protagonistas de estas historias de amor y dolor. Ellas expresan sus sentimientos y realizan sus quehaceres en mi orilla. Escucho sus cantos, sus lágrimas se unen y son una conmigo.

Muchos valores del pueblo mapuche se han perdido con la llegada de los chilenos y especialmente de las religiones foráneas. Recuerdo cuando llegaron los monjes capuchinos al territorio. No tenían riquezas. Hoy la iglesia católica es dueña de casi todo el casco central del pueblo. Además de poseer fundos en tierras indígenas.

El volcán Llaima, domina el territorio vestido de blanco. Se destaca sobre el azul. Se recuerdan sus venas de sangre que fluyeron con enojo con gran estruendo. Quizás sea por la misma razón que yo siento que muero. La llegada de las forestales, con un verde monótono de muerte, todo lo acaba. Los mapuches, hijos de la tierra son los únicos dolientes.

Los científicos dicen que solo soy agua que fluye y debe ser aprovechada. No dicen por quiénes. Eso lo callan. Los antiguos saben que soy mucho más que eso. Los ancianos y ahora muchos jóvenes me saludan al pasar. Saben que tengo un Ngen. Que soy vida que se desliza. Tengo memoria y un sentir.

Les relataré algunas historias que darán pinceladas, mostrando escenas de la vida de los mapuches y de las riquezas de este territorio.

Un mundo visible e invisible que conforma un todo.

LA BODA

—¡Déjame pasar!, jese hombre no se puede casar! — gritaba a viva voz la Chica Rosa. Por su tamaño no parecía ser la dueña de ese vozarrón—. Déjame pasar. ¿Quién te crees para impedirme el paso?

—Nadie entra, hasta que mi hermana esté casada —respondió Rosendo, un hombre alto y macizo, a quien la Chica Rosa apenas llegaba por su cintura—. Ya se lo dije. Mi hermana se casa hoy, porque yo lo digo. Nadie lo impedirá.

La Chica Rosa jadeaba, con la cara colorada y transfigurada por el odio, arañaba y mordía los brazos de Rosendo.

—¡Gertrudis! ayúdame con este bruto —gritaba a su sobrina, una chica esmirriada, de ojos saltones—. Eres tú la que está embarazada del Winkita. Ayúdame a pasar.

Gertrudis se aferró con sus dientes a uno de los brazos de Rosendo haciéndolo aullar. Fue entonces cuando, con el otro brazo, agarró a la Chica Rosa por el cuello. Mientras le daba una patada en las canillas a Gertrudis quien cayó al suelo llorando y moqueando. —¡Bruto! ¡Estoy embarazada del Winkita! —gritaba Gertrudis, limpiándose los mocos, con sus largos cabellos revueltos y tapándole la cara.

La gente del pueblo se arremolinaba en torno a la puerta del Registro Civil, observando la pelea y opinando.

—No las dejes entrar Rosendo. Gritaba un viejo campesino.

—El Winkita y la Tere ya tienen un crío —dijo otro.

—No tienen derecho a impedir el casamiento —gritó una mujer del grupo.

—El Winkita es demasiado enamorado. Si se iba a casar con tu hermana no tenía que haber embarazado a la Gertrudis. Además, ella es menor de edad —le increpo una de las mujeres del grupo.

La Chica Rosa, al límite de sus fuerzas, trataba de respirar. Aun así, se le oía apenas decir:

—No se puede casar. El Winkita no se puede casar.

Alguien llamó a los carabineros, pero estaban en un operativo, persiguiendo gente mapuche. Se dice que los mapuches aliados con los comunistas son algo muy peligroso. Es un cáncer que hay que exterminar. Es de vital importancia para el General Presidente de la República Don Augusto Pinochet.

—Suelta a mi tía Rosa desgraciado —seguía llorando y gritando Gertrudis—. ¡Te odio! ¡Te odio! —Mientras golpeaba con el puño la espalda de Rosendo y daba patadas en sus piernas.

En las oficinas del Registro Civil, María Teresa, menor de edad, madre de un hijo, se casaba con Marco Antonio, legalizando así sus amores. Los testigos, familiares y hermanos de María Teresa escuchaban el alboroto y los gritos que traspasaban las paredes. Ellos se alineaban como un escudo humano en la puerta de entrada.

—Los declaro marido y mujer.

Por fin se escucharon las ansiadas palabras del Oficial

del Registro, una vez que los contrayentes firmaron el acta de matrimonio.

—¡Ya se casaron Rosendo! Qué alivio —decían los testigos y salieron corriendo para ver lo que sucedía afuera.

Al saber que ya se había realizado la boda, Rosendo soltó el cuello de la Chica Rosa. La pequeña mujer se sobaba el cuello tomando bocanadas de aire, los cabellos rubio-rojizos, desgredados sobre su cara redonda y colorada. Gertrudis la tomó por la cintura y la ayudó a reponerse. Ambas se alejaron del lugar, profiriendo amenazas y maldiciones a voz en cuello. La novia llevaba vestido blanco corto. El cabello negro, largo y ensortijado, enmarcaba un rostro armonioso, donde los labios dibujaban una sonrisa perenne. El novio con cara preocupada, recibía abrazos de sus amigos y nuevos parientes.

Todos los invitados se dirigieron a casa de la señora María Catrilaf, madre adoptiva de María Teresa. Allí los familiares y el novio habían sacrificado una vaca para celebrar el matrimonio.

Las tierras de María Catrilaf sumaban cerca de cien hectáreas, vivía allí desde que se casó con Lorenzo Huilcamán. Tuvo ocho hijos propios y cuatro adoptados. Al quedar viuda siguió criando niños, ahijados y propios, a fuerza de tejer frazadas y mantas para hombres. Las vendía en el mercado de Temuco una vez a la semana. Había recibido a María Teresa recién nacida junto a tres hermanos más. La madre biológica había muerto en el parto.

La fiesta se estaba armando, largas mesas estaban dispuestas bajo los castaños. Los hombres atizaban el fuego de las parrillas y preparaban corderos para asarlos al palo. Sonaba de vez en cuando una alegre trutruca acompañada de pifilcas. Las mujeres preparaban las ensaladas, papas cocidas y pebre. Servían vino con fruta y chicha de manzana entre los presentes.

—Ejaléee, se casó mi hermana —se escuchaba de vez en cuando—. ¡Salud por los novios!

Marco Antonio, aunque muy trabajador, no ganaba mucho como leñador. Alto delgado, con ojos sombreados por largas pestañas y un dilatado historial de amores. Era un agradable mocetón de voz dulce y linda sonrisa. Decía estar enamorado de Teresa, pero miraba con lujuria a cuanta mujer se le cruzaba. Fue en la ribera del río, bajo los sauces llorones y los hualles, a la entrada de Los Lingues, donde se juraron amor eterno. Al año nació Cristian. María Teresa con dieciséis años, siguió viviendo en casa de sus padres.

La Chica Rosa y Gertrudis se dirigieron a la tenencia de carabineros del pueblo. Allí pusieron una denuncia formal contra Marco Antonio por violación de una menor.

La Chica Rosa tenía cerca de cuarenta años. Era conocida por las múltiples peleas en que se veía involucrada con los demás miembros de la comunidad indígena. Los últimos cinco años los había compartido con una pareja mucho mayor que ella, beodo de ocupación. Don Pancracio no le trabajaba a nadie. Permanecía en la casa tomando. La Chica Rosa salía a vender sus productos, huevos, hortalizas, vellones

de lana de oveja listas para hilar. Su sobrina Gertrudis llegó a la casa cuando su único hermano, Sebastián, murió en un confuso incidente de robo de madera, según dijo la autoridad.

—A mi hermano Sebastián lo mataron por reclamar un pedazo de tierra. Se la habían asignado con la reforma agraria. Por allá en la ribera del lago Colico —decía Rosa a quien quisiera escucharla—. Ese mismo día que mataron a Sebastián, desaparecieron al presidente del comité de tierras, quien era comunista.

—Cállate Rosa. No hables demás. Es peligroso —le aconsejaban los miembros de la comunidad indígena— recuerda que también desaparecieron al Dr. Eduardo González Galeano, Director del hospital.

—No tengo porque callarme. Algún día pagarán. Si hubiesen visto el cuerpo de Sebastián. Como me lo entregaron, parecía un pedazo de bofe. Su carita no tenía forma, ni ojos, ni nariz —los ojos de Rosa se llenaban de lágrimas cuando relataba ese episodio.

Esa dura mujer, que siempre peleaba por lo que creía justo, demostraba un gran dolor cosificado en su pecho.

—Otra vez usted señora Rosa. ¿Qué le ocurrió ahora? —dijo el cabo de guardia, acostumbrado a recibir los reclamos de la Chica Rosa.

—Vengo a reclamar porque el Winkita violó a Gertrudis y la dejó embarazada

—Vamos por parte. ¿Quién es Gertrudis? ¿Qué relación tiene con usted? —dijo el cabo de guardia mientras acomodaba sus anteojos y procedía a poner la hoja de papel en la máquina de escribir.

—Como si usted no supiera. Gertrudis es la hija de mi finado hermano Sebastián, cuando el murió su mujer me entregó a la pequeña. Ella no quería problemas con la autoridad. Se fue, nunca más supe de ella.

—Señora Rosa, yo siempre he tratado de ayudarla. Incluso para que le entregaran el cuerpo de Sebastián, era mi amigo. No lo olvide.

—Remordimientos de conciencia serán, pué —dijo Rosa muy despacito y las lágrimas saltaron de sus ojos, como un cauce indetenible, con la furia del río Allipen.

El cabo de guardia, se paró y ofreció un vaso de agua a Rosa. Le dio unas palmaditas en la espalda.

—Dime Gertrudis ¿Qué fue lo que ocurrió con el Winkita? Continuó interrogando el cabo Morales.

—Pué, que me forzó. Allá a la orilla del río, a la entrada de Los Lingues. Dijo que nos íbamos a casar, pero hoy se casó con la María Teresa. —dijo llorosa Gertrudis, bajando la vista y pasando sus manos por la cara.

—¿Fué una sola vez? ¿tienes testigos? —preguntaba el cabo Morales sin levantar la vista de la máquina de escribir, cuyas teclas parecían martillar en sus cabezas. El día estaba particularmente caluroso. Gotas de sudor asomaban en la frente del cabo Morales.

—¿Cómo cree que lo íbamos hacer delante de testigos pué? —dijo Gertrudis con cara de angustia—. Pero él siempre dijo que se casaría conmigo.

—Quédate tranquila Rosa. Te voy ayudar en esto de tu sobrina. Se lo debo a Sebastián —prometió el cabo Morales, presentando la hoja escrita para que la firmaran ambas mujeres.

La fiesta estaba en su apogeo, se escuchaba la música y la voz de Juan Gabriel. Algunos mayores, ya bastantes alegres tocaban la trutruca y un kultrun. El olor a la carne asada se sentía desde el camino.

—¡Ejaléee! Alegría, Alegría.¡Uyuyuuuu! —gritaban los asistentes animando la reunión

La señora María Catrilaf era muy querida en la comunidad. Sus hijos siempre fueron ejemplo de comportamiento en el pequeño pueblo de Cunco, que aún no tenía cien años fundado.

La aparición del carro de carabineros, tocando la sirena, dejó mudos a todos.

Entraron seis carabineros con armas largas. Se presentaron como autoridad y requirieron a Marco Antonio, el novio. De la alegría de los asistentes, pasaron al miedo. Los recuerdos aún vivos, de varios asesinatos presentados como enfrentamientos y desapariciones forzadas, transformaron los rostros alegres en máscaras de terror.

María Teresa se aferró al brazo de su esposo. Rosendo, el hermano mayor se adelantó a preguntar ¿por qué lo requerían? La señora María Catrilaf con mucha dignidad, a pesar de su pequeña estatura y extrema delgadez, se enfrentó a los carabineros. Les pidió que se retiraran de sus tierras. Explicó que era una fiesta estrictamente familiar por el matrimonio de su hija menor.

—Señora María, discúlpenos, estamos en un procedimiento por violación de una menor de edad —dijo el sargento a cargo—. Se trata de don Marco Antonio, más conocido como “el Winkita”. Tenemos la orden

de trasladarlo de inmediato a la tenencia de Cunco. Si tiene un abogado avísele. Será trasladado mañana a la cárcel de Temuco.

Todos quedaron mudos de asombro. Marco Antonio negó rotundamente la acusación. Se declaró inocente de todo lo dicho por Gertrudis. Su nueva familia empezó de inmediato a organizarse para contratar un abogado.

Dos meses después de permanecer prisionero en Temuco, apareció Marco Antonio libre en casa de su esposa. Había bajado cuatro kilos, los ojos hundidos en el rostro, le daban una apariencia cadavérica.

Gertrudis, carcomida por el arrepentimiento, confesó al cabo Morales que el Winkita nunca la había tocado, nunca habían sido amigos. El padre de su guagua era Pancracio, la pareja de su tía la Chica Rosa. Había mentido para no causarle más sufrimientos a su tía.

EL WINKITA

—¡Marco! ¿Dónde estás metido? ¡Chiquillo de miércale! —gritaba llamando doña Rosario a su nieto—. Te voy a dar varillazos por desobediente.

Un niño delgado moreno de cabello muy liso salió corriendo del gallinero con un pollito entre las manos.

—¡Suelta al pollo! —Seguía gritando la anciana. Con una varilla de membrillo en la mano corrió detrás del nieto.

—Abuela, éste es mío —decía sobándose las piernas el niño

—Te dije que le dieras agua a los animales y llevaras las ovejas al corral, antes que oscurezca

—Ya voy, ya voy —decía el Winkita, mientras corría por el potrero a rondar las ovejas.

La madre de Marco, conocido como el Winkita, lo había dejado muy pequeño en casa de sus padres. Casi nunca venía a verlo, cada dos o tres años a lo sumo. El niño creció recorriendo los bosques nativos, nadando y pescando en el río Allipen. Hablaba el mapudungun fluidamente. Era muy inteligente y demostraba una gran simpatía con sus mayores. Esta característica le hizo ganar el aprecio de casi todas las familias en su territorio. La única que no caía embrujada por el carisma del muchacho era su madre.

Al pasar los años el liderazgo del Winkita se afianzó en la comunidad. Era un joven de un metro noventa. Sus cabellos lacios peinados con una raya al medio, los dejaba crecer hasta los hombros. La mirada sombreada

por espesas pestañas. Además, una dentadura perfecta que asomaba siempre con una sonrisa. Era el galán de todo el territorio de Cunco y sus alrededores.

Quizás la falta del cariño de la madre, lo suplía enamorando a cada mujer que se cruzaba en su vida. Cuando conoció a María Teresa, ella contaba quince años recién cumplidos. En la ribera del río, a la entrada de Los Lingues, consumaron su amor. El aire estaba impregnado de olores del bosque nativo, manzanilla y menta se fundían con el aroma de las lumas. Todo tipo de insectos polinizadores revoloteaban sobre sus cabezas, invitando a un festín de entrega para perpetuar la vida. Era primavera. El Winkita llevaba la cultura mapuche en sus genes y en su alma. Presentía cosas que se le revelaban en sueños o peumas como se dice en mapudungun. Supo que su destino era esa mujer que se le entregaba, siendo casi una niña. Pasarían aun varios años, hasta después del nacimiento de Cristian, su primer hijo, cuando se casarían legalmente. Fue una boda muy recordada por la gente de Cunco.

Cuando Winkita enfermó del estómago, visitó a un Machi del sector Bajo Cancan, para que le diera remedios. Él le advirtió luego de examinar su orina.

—Eres demasiado enamorado. Además, estás tomando mucho. Demasiado vino te está haciendo mal. Para poder sanarte debes quedarte aquí en mi ruca para hacerte remedios. No será fácil. Tienes un mal que te hicieron por asunto de amores.

—Haré lo que me diga. Me siento muy mal —dijo el Winkita.

El Machi agitó nuevamente la orina y movió su cabeza en señal de preocupación.

—Has rebajado cerca de diez kilos. No te concentras en tu trabajo. Mañana de madrugada saldré a buscar unas hierbas que necesito para preparar tu remedio.

El joven permaneció más de una semana en la ruka del Machi vomitando casi todo el tiempo. Por fin, un día expulsó con el vómito un puñado de bichos negros, parecidos a escarabajos del tamaño de una lenteja. Junto con ello parecía haber expulsado su vida. El cuerpo quedó exhausto, laxo. Winkita más de la otra vida que de ésta, solo pensaba en María Teresa. El Machi mandó a la mujer que lo ayudaba, a prepararle un caldo de pollo. Lo dejaron bien abrigado tendido al lado del fogón.

La promesa de no volver a tomar vino le duró poco al joven mapuche. La vida de los campesinos en aquella época era muy dura. La implementación de un nuevo modelo económico en todo el país, afectaba también a los campesinos. Los mapuches despojados de sus tierras más fértiles, debían emplearse en la recolección de frutas, durante el verano. Otros se empleaban en las forestales, plantando pinos y eucaliptos, especies exóticas que el mapuche sabía dañaban la tierra. Por sobrevivir estaban obligados a enfrentarse a toda la sabiduría de su pueblo. El vino era casi la única distracción para olvidar, decían los hombres.

El Winkita trabajaba de leñador. Esto lo obligaba a subir a la montaña donde permanecía por tres semanas junto a una cuadrilla. Podían bajar a la cuarta

semana. Luego del matrimonio, mientras el esposo subía a la montaña, María Teresa permanecía en una pequeña ruca. Esta casita estaba en los terrenos de los abuelos de Marco. Considerada por la pareja de ancianos como chilena y no mapuche, era maltratada. María Teresa, fue adoptada a los tres días de nacida por María Catrilaf, la madre biológica había muerto al nacer. Si bien los padres biológicos eran chilenos, según la ley mapuche, quien es adoptado o criado por un mapuche, automáticamente se convierte en mapuche. Sin embargo, los abuelos del Winkita no la aceptaban. La joven mujer muchas veces debió salir corriendo con sus dos hijos, a esconderse en el bosque debido a la furia de sus suegros. Cuando el esposo bajaba de la montaña tomaba mucho vino y también la maltrataba.

Un día al regresar del pueblo, ya cuando la oscuridad lo cubría todo. Pasada la medianoche, hora en que el mapuche debe estar a resguardo, Winkita manejaba su carreta, por la vuelta de los pinos. Estaba muy mareado, los caballos eran quienes conducían por el camino a la ruca. Fue en ese sitio. Hasta el día de hoy, al recordarlo, sus manos tiritan. Cuatro pequeños seres, como niños, sin ropa, se subieron a la carreta. Le pegaron sin cesar, tanto a él como a los caballos, que despavoridos casi voltean la carreta. Le tiraban el cabello, lo arañaban y mordían, en la cara y los brazos y rompieron su camisa con tantos tirones.

Nuevamente el joven mapuche dejó de tomar vino, por un tiempo. El encuentro con anchimallen lo dejó

traumado. Generalmente anchimallen, el espíritu, se encuentra en el bosque y se muestran como pequeños niños que cuidan el ganado. Protegen a las familias, son pocos los casos en que han atacado a alguien, pero si sucede en ocasiones.

Al pasar el tiempo y después de altos y bajos en el matrimonio, Winkita sentó cabeza como dicen los parientes. En los últimos tiempos trabajó en la Alcaldía, como jardinero. Allí era feliz, entre los grandes árboles y las flores de la plaza del pueblo. Nunca estuvo tan bonita y cuidada esa plaza de Cunco. Todas las personas que pasaban por allí saludaban al Winkita. Se hizo conocido por su amabilidad. Los turistas recibían toda clase de información de boca del joven mapuche. Lo apreciaban mucho. Mapuches y campesinos que venían a realizar diligencias de diverso tipo, primero pasaban a preguntar al Winkita. Diligente los orientaba, a cuál oficina dirigirse, con quién hablar, o qué documentos necesitaban. En el pueblo comenzaron a llamarlo Alcaldecito. Aquello que empezó como una broma por sus más conocidos, pronto tomó cuerpo y llegó a oídos de la autoridad.

Tal vez, para no tener competencia en las elecciones que se avecinaban. Quizás porque el jefe pensó que no trabajaba lo suficiente. Nadie lo supo. Un día fue designado como recolector de basura en uno de los camiones municipales.

Winkita acostumbrado al trabajo duro, nunca perdió su sonrisa. Se aseguraba de que no quedara ningún desperdicio tirado en las calles. Desde su camión, su

nueva tribuna, saludaba a todos los que le gritaban. —¡Winkita, feliz día! —decían los antiguos compañeros —¡Epa, Alcaldecito! Buenos días —gritaban otros. Winkita levantaba su mano para corresponder a los saludos. Un día al parecer, producto de su entusiasmo, levantó sus dos manos. Olvidó que estaba en el camión. La caída le costó dos costillas fracturadas y una pierna. Hasta allí duró su trabajo en el camión recolector.

Volvió a trabajar como jardinero, esta vez, de las aceras del pueblo. La amabilidad y el pulcro trabajo que realizaba le siguió ganando reconocimiento y amigos.

Para llegar temprano a su trabajo, compro una bicimoto. Poco le duró. Sería la fatalidad o la falta de costumbre. Un día, no se sabe cómo, cayó al suelo en plena carretera. Los que trabajaban en los campos cerca del accidente corrieron a auxiliarlo. Otros detenían el tránsito. Pronto llegó la ambulancia. Winkita terminó con otro brazo fracturado y un esguince grado dos. Todo el pueblo se enteró, muchos llegaron hasta el hospital para visitarlo.

El día del trabajador, cada año, Winkita recibe una condecoración. Es considerado el mejor trabajador, el más cumplido. Solo ha faltado cuando ha tenido sus accidentes. Nunca llegó tarde. Su esposa aprendió a manejar y lo lleva y lo busca a su trabajo.

El reconocimiento que más le ha gustado al Winkita es haber sido nombrado como Werken de su comunidad. Cargo que ostentan personas de la absoluta

confianza de un Lonko. Además, deben manejar muy bien el idioma mapudungun y la diplomacia.

NIÑAS DE LA LUNA

Al final de la calle Colico, a la salida del pueblo, se ubican muchos negocios de venta de licores. En toda la esquina a mano derecha. Antes de tomar la recta que lleva al lago Colico, se encuentra el único cabaret del pueblo con patente de tal. Ha tenido diferentes nombres a lo largo del tiempo, pero todos conocen la casa de dos pisos como la Luna. Existe una leyenda urbana que dice que en Cunco hay dos patentes de ese tipo de negocio. Una patente tiene el dueño de la Luna y la otra la adquirieron las monjas del pueblo, a fin de evitar que el pecado se extienda por todo el territorio.

Es el único sitio con permiso para que los clientes bailen.

La Luna tiene en el segundo piso varios cubículos con sus respectivas camas para atender a los clientes. En el patio trasero existe un pequeño espacio acondicionado también para bailar y algunas mesas. Lo ocupan en época de verano, cuando el calor no se aguanta. En invierno se usa para tender las ropas de las internas.

En el exterior no tiene nada que lo identifique como un local de esas características, solo una guirnalda pequeña de luces navideñas, color rojo, titila en una ventana que da a la calle principal. La ventana está cubierta por una gruesa cortina que nunca se abre. No permite ver nada hacia adentro. En el interior, las mesas dispuestas a lo largo de las murallas. Al fondo,

el bar. Atendido por Juanito. Un hombre de mediana edad, muy amigo de la esposa del dueño del local. Con ojo avizor, como un águila, observaba todo el local. No perdía detalles de lo que ocurría. Llevaba también el control de lo que las internas vendían a los clientes. Personaje ducho en su oficio, nunca se equivocaba en las cuentas.

La rocola, máquina de poner música, donde los clientes escogen lo que desean escuchar, estaba siempre llena de monedas. Hacía poco tiempo la habían cambiado por una moderna. Ahora contaba con una pantalla gigante. Se podía ver al grupo musical que interpretaba la melodía. La música ensordecedora, sumada al humo de los cigarrillos, las carcajadas de las internas, embriagaban a cualquiera al poco rato de entrar.

En las mesas se escuchaban siempre las mismas historias. Repetidas hasta el cansancio, como una forma de ellas mismas creerlas como ciertas.

—Mi padrastro me violó cuando yo era muy pequeña —decía Yenny, con su voz ronca por el traspasado, el cigarrillo y el alcohol—. Después lo hizo mi vecino. Creo que mi padrastro cobraba por mí.

—¿Te daba algo por el trabajo? —preguntó un cliente. —Nunca vi un billete —reía Yenny— por eso decidí independizarme y trabajar por mi cuenta.

—Véngase p'aca —dijo el hombre, tirándola sobre sus piernas— yo le doy su dinerito, Esta hembra se porta muy bien.

—A mí no me violaron, a mí me engañaron —dijo Yetzabel—. Me enamoré a los quince años. Era un

chofer de buses. Me enamoró cuando volvía del liceo. Decía que me amaba.

—No era verdad —dijeron todos a coro riéndose. Yetzabel también reía y continuó.

—Él tenía cuarenta y dos años. Cuando le dije que estaba embarazada, desapareció. Los otros conductores me dijeron que se había ido de Lautaro. Yo nací allá.

—¿Qué pasó con tu crío? —preguntó otra interna.

—Tenía dos opciones, abortarlo o darlo en adopción. En mi familia me dijeron de todo, me echaron de la casa. Dijeron que era una puta. Así que fui con una amiga que me ayudó y aborté —suspiró y apuró un trago Jetzabel—. Mi amiga me llevó a otra sala de baile, en Lautaro. Ganaba poco. Aquí es mejor.

—Yo vine a trabajar aquí porque me gusta este trabajo —dijo Ysabelita—. Mi hermana mayor trabajó aquí en la Luna. Yo tenía catorce años y quería venir a trabajar con ella. Comprarme ropa, maquillajes.

—¿Tú hermana te trajo? —preguntó incrédula otra interna.

—Al principio no quería. Después la convencí —soltó una gran carcajada Ysabelita—. Hicimos una rifa por mi primera vez. Mi hermana recogió más de quinientos mil pesos en esa época.

Todos los presentes soltaron grandes risas

—Lo pasamos muy bien ese día —recordaba Ysabelita, tomando al seco su tequila.

—¿Quién ganó la rifa? —preguntó alguien.

—El hijo del alcalde.

Todos seguían riendo. Los clientes ofrecían rondas de piscola.

Las internas con sus rostros maquillados, labios pintados de rojo brillante, cual herida abierta. No lograban disimular los estragos y ojeras de los trasnochos, acumulados en esos cuerpos del ambiente. Los ojos bien delineados de negro y una gruesa capa de rimel en las pestañas. En ocasiones con tanto rimel se les pegaban las pestañas, impidiendo que las abrieran. Ellas se ayudaban con sus dedos para despegarlas. Las mujeres se movían al compás de la música incitando a beber y repartiendo caricias a los clientes.

Un día se corrió la voz.

La noticia llegó a oídos de Marco, el Winkita que trabajaba arreglando los jardines de las calles del pueblo y a quien todos querían.

—Llegaron muchachas nuevas a la Luna —comentó sonriendo el jardinero con picardía—. Dicen que llegó una colombiana, que es fuego puro.

El mismo se preguntaba:

—¿Cómo será eso, oiga? Dicen que tiene la piel como el chocolate. Que provoca, comérsela a mordiscos. Uyuyuuuuii ¿Cómo será eso, oiga? —reía el Winkita.

Los varones que lo escuchaban seguían corriendo la voz.

—Llegó una colombiana —dijo el que manejaba la carretilla a quienes venían integrándose al trabajo.

—Llegaron muchachas nuevas a la Luna. Una es colombiana —dijo un cuñado de Marco.

—Dicen que la colombiana hace estragos en la Luna —aportó don Rodrigo

—Yo escuché que el alcalde fue a conocerla —dijo el jefe de la cuadrilla uniéndose a los comentarios.

—Ejaléeee ¿Cómo será eso, pue? —dijo un viejo mapuche.
—Parece que solo falta que el cura vaya a la Luna —
agregó el jefe.

Los trabajadores que hacían los comentarios reían a carcajadas.

Esto sucedió como cinco años antes de que empezaran a llegar los haitianos a Cunco.

Una mañana Cunco amaneció atribulado. La Luna se incendió. Dijeron que fue por la fogosidad de la colombiana. Algunos colchones en la calle, tres sillas y varios bultos con ropa fueron todo lo que se salvó. Allí sentadas sobre los colchones frente al local quemado permanecían las niñas de la Luna. Los rostros apesadumbrados, con cigarrillos en sus labios. Los ojos manchados de negro por las pinturas que se les había corrido de tanto llorar.

En el municipio algunos querían poner la bandera a media asta.

—Pero no murió nadie —argumentaban algunos concejales.

Una cuadrilla de trabajadores municipales, llegaron a reconstruir el local.

Las niñas de la Luna suspiraron agradecidas.

MILLARAY

Yo me vine con un chileno que fue a Icalma, por el lado argentino. Hace años de eso. Yo no cumplía los catorce años. Nunca había salido de mi comunidad. Él dijo que aquí en Cunco, podría encontrar trabajo y además, él me ayudaría siempre.

Todos los años, iba a la comunidad. Buscaba piñones, artesanías que vendía mi familia y llevaba harina, azúcar, yerba mate para intercambiar. Se veía que era próspero. Así que acepté y me escapé con el chileno, escondida de mi familia.

Cuando llegamos vivíamos juntos. Yo hacía el trabajo de la casa y cocinaba. El hombre no tenía familia. Era un ranchito sin luz eléctrica en las afueras del pueblo. Tomaba mucho. Todo el tiempo estaba borracho. Yo también tomaba, me gustó el vino. Me aburría sola en la casa. Después empecé a conocer gente y quise irme.

Así me enteré de un festival de música mapuche que organizaba la municipalidad. Conocí a un mapuche, joven, alto, bien parecido. Cantaba bien bonito. Era de por los lados de Quechurehue. Allí tenía un campo dijo.

Al poco tiempo me fui a vivir con este mapuche. Total, éramos de la misma sangre y los dos cantábamos, nos gustaba el vino y hablamos nuestra lengua. Él no tenía mujer. Nos instalamos en un ranchito en su tierra.

No hubo tragedia, porque el chileno era viejito y siempre estaba borracho.

Al poco tiempo nació mi hijo. Nosotros seguimos cantando.

Millaray, detuvo su relato. Se sirvió una caña de vino tinto. Sus mejillas regordetas estaban muy rosadas, sus ojos saltones parecían querer explotar de sus órbitas. Se limpió la cara sudorosa en su delantal manchado de grasa. Entornó los ojos como rememorando aquellos años de su juventud. Recibió varios premios por su canto junto a su nueva pareja.

Años más tarde, participó en la película que filmaron en Cunco. Fue basada en el libro *El cautiverio feliz*. Casi todas las comunidades del pueblo de Cunco participaron. Asomaron lágrimas en los ojos de la mujer. Sorbió mocos y pidió algo de comer y otro cartón de vino tinto.

—Vino Don Gato —dijo el mesonero y aportó además un cuarto de pollo asado acompañado de abundantes papas fritas— ¿Me cancelas ahora? Tú eres de las que se olvida después de pagar el consumo.

—Mentiroso. Como todos los chilenos —respondió Millaray, mirando a la mujer sentada con ella, que se negaba a beber vino, pero que aceptó una ración de papas fritas—. Come no más, yo cancelo la cuenta.

La mujer que la acompañaba, le sonrió y siguió comiendo papas fritas con salsa ketchup.

—Es la primera vez que cuento mi vida. Aquí en el pueblo las mujeres no me quieren mucho. Me tienen envidia —continuó diciendo Millaray.

El viento en la plaza del pueblo, arremolinaba sus negros cabellos sobre su cara brillante de grasa. Con inútil ademán de sus manos regordetas, con anillos en casi todos sus dedos, no lograba apartar los cabellos. Algunos quedaban atrapados con la salsa y mayonesa que ensuciaban sus labios.

—Una vez participé en una película, la hicieron aquí en el pueblo. Demoraron haaarto tiempo en pagarme. Al final cuando logré tener esa platita. Arreglé una casita que el gobierno me dio. La puse en el terreno de mi pareja. Ya nos habíamos casado por la ley chilena. Yo no soy tan tonta como piensa la mayoría de la gente, la casita está a nombre mío. —dijo sonriendo con el recuerdo. Bebió un poco de vino y continuó con su relato.

«Las mujeres no me quieren como amiga. Son pocas las que me visitan. Tengo muchos amigos hombres. Mi casa siempre está llena. Mi esposo, porque todavía no me divorcio, es músico y tiene muchos instrumentos, guitarra, batería, tumbadoras, de todo. Sí, también tiene trutruacas, pifilcas, kaskawillas. No, kultrun no. Ese es un instrumento que solo tienen los Machis o Lonkos.

«Otra vez fuimos a cantar a Icalma, mi comunidad. A mi gente, mis padres y hermanos ya se les había pasado la rabia por mi escapada con el chileno. Yo ahora era mayor de edad. Casada con un mapuche y llevamos a mi hijo. Lo pasamos bien. Es bonito retornar al terruño donde uno nació.

Millaray volvió a quedar en silencio, mientras comía el pollo y seguía batallando con los cabellos escapados de sus trenzas anudadas con grandes cintas de colores rojo y verde. Un gran suspiro casi la ahoga con un pedazo de pollo. Su compañera de mesa no pudo aguantar una sonrisa.

—Tenga cuidado señora Millaray. Me puedo quedar sin el final de su historia.

La mujer mapuche apuró un gran vaso de vino y al dejarlo seco, pasó su lengua por los labios. Nuevamente pasó su manchado delantal de grasa por la cara y boca.

La vida de esta mujer no había sido fácil. Abusada desde pequeña por este chileno que la sacó de casa de sus padres. Convertida en madre con un hijo de ese hombre y que logró pasarlo como hijo de su pareja mapuche. Apuntada por el dedo de todos en la comunidad por vender vino. La mayor parte del tiempo estaba ebria, y según los vecinos más cercanos, practicaba brujerías. Aunque ella siempre lo negó. Se defendía diciendo que en realidad las brujas eran sus vecinas. Que le llevaban huevos de gallina trabajados. Que los dejaban en la puerta de su casa. Que una de sus gallinas había puesto un huevo muy raro, redondo. Del cual salió una culebrita, que ella tuvo que quemar.

Al pasar el tiempo y cuando su esposo mapuche se fue a trabajar al norte, en la recolección de frutas, ella encontró una nueva pareja. Esta vez era un hombre de ascendencia extranjera, con dos apellidos gringos. Era un hombre alto, muy blanco, de ojos azules y cabellos dorados. Hijo de una familia prominente de la sociedad de Cunco. Intelectualmente no era brillante, al contrario. Muchos decían que fue por la droga. Cuando regresó su esposo mapuche. Millaray abandonó la casa familiar y se mudó con la nueva pareja a una pensión. Cansada de pasar trabajo, hambre y frío, un día la mujer recordó que la casa estaba a su nombre. Entonces decidió regresar e instalarse con

su nueva pareja. Aunque hubo protestas al principio, de su esposo mapuche y su hijo.

Pronto se acostumbraron a la idea, pues la mujer tenía un gran genio para imponerse a fuerza de gritos y golpes.

La convivencia siguió en buenos términos.

Un día la pareja gringa decidió partir al norte a trabajar en las minas. Eran escasos los trabajos en Cunco. Pasaron muchos meses, antes de que pudiese regresar. Estuvo solo tres días y se vio forzado a partir nuevamente, eran muchas las peleas con Millaray. Enviaba religiosamente el dinero de lo ganado a la mujer.

Cuando por fin volvió definitivamente, se encontró con la sorpresa de que Millaray había parido a una niña y la inscribió como hija del gringo Julián. Fue una gran pelea. La astuta mujer llamó Juliana a su hija, porque según ella, era hija de su pareja gringo. Además, le dijo que cuando nació tenía los ojos claritos. Al pasar el tiempo la niña mostraba ojos achinados y muy negros. Fue por esos días que la madre empezó a teñir el cabello de la niña con manzanilla. Julián no hacía caso de las reprimendas de su hermano ni de sus padres. Ellos decían que Millaray lo tenía embrujado, por eso Julián lloraba en las cantinas diciendo que se quería ir, pero no podía hacerlo.

Una vez se produjo una gran pelea en casa de Millaray, todos ebrios, habían otros hombres presentes. Millaray llamó a los carabineros. Al llegar interrogaron a los presentes especialmente a Pepe y Julián. El sargento al mando de la unidad le preguntó a Julián si él era el

esposo de Millaray. Respondió que el esposo era Pepe y además, lo ratificó Millaray. Los carabineros sacaron a Julián de la casa y de los límites de la comunidad. Le aconsejaron que dejara a los mapuches vivir solos. Dijeron que Julián no tenía nada que hacer en ese lugar. Julián pidió cobijo en casa de un amigo y antes de las dos semanas Millaray lo fue a buscar.

—A mi no me importa lo que la gente diga de mí. Dicen que vivo con dos hombres. Que los tengo embrujados. Yo si rezo en mi altar para que no me falte nada, pero no hago cosas malas. Dicen que Juliana no es hija del gringo, sino de Pepe. Pero mi hija tiene el cabello claro como su papá y cuando nació tenía los ojos claritos. Ahora de más grande se le pusieron oscuros los ojos —continuaba con su relato—. Mis vecinas si son brujas, envidiosas, porque mi casa siempre está llena de hombres.

—Una vez me enviaron a las asistentes sociales de la Alcaldía. Decían que yo tenía casi abandonada a mi hija. Aquí estuvieron esas dos mujeres. Me interrogaron, sobre toda mi rutina. Una de ellas se enojó porque había muchísimas botellas vacías de vino debajo de la casa. También querían ver donde dormía Juliana. A escobazos las saqué. —Millaray soltó una gran carcajada cuando recordó ese día en que golpeó a las asistentes sociales y tuvieron que salir corriendo perseguidas por Millaray ebria.

—Yo vivo en mi casa con mi gringo, porque la casa es mía. El gobierno me la dio a mí. Aunque esté en la tierra de Pepe. Fuimos ante la autoridad por el re-

clamo de Pepe y mi hijo. Decían que me tenía que ir. Pero la jueza dijo que la casa era mía. Así que allí me quedé. Ya se acostumbraron y nos llevamos bien.

«El gringuito es más emprendedor y sale tempranito para sus trabajos. Pepe es más de la casa. Me acompaña y ayuda con la venta del vino. En las tardes cuando regresa el gringuito. Se baña y hace el pan, si hay ropa que lavar también lo hace. En las tardes Pepe sale y lleva a Juliana de paseo, a rondar los animales y regresa ya cerca de las ocho de la noche. Mi hijo está en el internado del pueblo.

«Yo una vez tuve un trabajo en la escuela como educadora intercultural, para enseñar la lengua mapuche. Trabajé hartito por el alcalde que salió electo. Después de un tiempo no me dejaron dar clases y me hacían trabajar en el jardín. No me gustó, así que renuncié.

«Si, tengo dos hombres, dos maridos y estoy buscando un tercero —soltó la risa Millaray—, No hay que privarse de las cosas buenas de la vida.

EL HUALLE ES MI TESTIGO

Con admiración, en honor a
José Mendoza Collío
Matías Catrileo
Alex Lemún

Éramos muy pequeños cuando fuimos a plantar un hualle chiquito, como de nuestro tamaño. Siempre estábamos juntos. Hacíamos lo que veíamos a nuestros mayores, los imitábamos. Así aprendimos a sembrar, cuidar las semillas, los animales. La naturaleza era nuestra escuela. Vivíamos muy cerca en la misma comunidad, nuestro lof.

Un día de Witripantu, como dicen algunos, un salto del gallo. El día en que empieza un nuevo ciclo en la tierra. Eso ocurre en junio, en luna llena cerca del día veintuno. Corresponde al equinoccio de invierno. Nosotros, los mapuches siempre lo celebramos fijándonos en el cielo y las estrellas, como lo hacían los antiguos. Hoy desde la autoridad chilena, el día veinticuatro se designó como fecha fija, del año nuevo indígena. La iglesia sobrepuso a nuestra celebración el día de un santo, la noche de San Juan. Acostumbramos a reunirnos en familia y los mayores relatan historias de nuestro pueblo. Se acostumbra también a poner a las niñas de doce años sus primeros zarcillos. No falta el muday, bebida hecha con trigo cocido y molido, que se deja fermentar. El asado de cerdo se sirve generosamente.

te, junto a otros platos, como **mültrün** (catuto), mote, tortillas al rescoldo, müllokiñ. Esa fue nuestra infancia. Bailabamos alrededor del fuego, al son del kultrun. Al amanecer, todos nos dirigimos a una fuente de agua que corriera libremente. Allí nos bañabamos para sacarnos todo lo malo que nos ha quedado del año viejo. De esta manera, recibimos el nuevo ciclo llenos de energías limpias.

En una de esas celebraciones, cuando ya éramos adolescentes, Matías me tomó de la mano y me condujo hasta el hualle. El árbol había crecido mucho, tal vez, queriendo tocar el cielo. Allí me dijo

—Aquí donde está este hualle, quiero construir nuestra ruca. Viviremos aquí hasta que podamos instalarnos en las tierras de nuestros ancestros.

—Matías Lemún Collío, ¿me estás diciendo qué nos casaremos? —le dije emocionada. Siempre fue mi sueño vivir con Matías, tener hijos y envejecer juntos.

—Mujer, ¿olvidaste que te lo prometí cuando plantamos este hualle? —respondió Matías, tomando mis dos manos y mirando mis ojos.

Nunca lo olvidé, pero pensé que él no lo recordaría. Continuamos nuestras vidas ya con la promesa de matrimonio. Él estudió en Temuco, se quedaba en uno de los hogares para estudiantes mapuches. Yo me quedé por aquí cerca. Aprendí entre otras cosas a tejer en el telar. Mi primera pieza fue un trarilonko para Matías. Otras piezas las vendía y con ese dinero compré gallinas, gansos y pavos. Me iba bien.

Junto con nuestros sueños que crecían, también crecía en

nuestros corazones el deseo de habitar las tierras de nuestros ancestros. La tierra que nos pertenecía y nos había sido arrebatada, ahora en manos de las forestales.

Matías soñaba con sembrar en esas tierras, recuperarlas y sanarlas. Llevaban demasiado tiempo siendo plantadas con eucaliptos y pinos.

Fue en el mes de agosto. Matías fue a apoyar la recuperación de nuestras tierras. Hacía mucho frío. Mi wawa saltaba en mi barriga. Tuve un mal presentimiento.

—Mi amor, no vayas. Hoy tengo un pálpito, algo malo sucederá —le dije con temor, pues para mi esposo la recuperación y liberación de nuestras tierras era lo más importante.

—No te preocupes mujer —dijo y me abrazó— solo vamos a conversar con los que se dicen dueños para llegar a un acuerdo. Mira, aquí llevo mi boleadora en el bolsillo del pantalón. No la usaré, la llevo porque tú me la fabricaste. Vamos a recuperar lo que es nuestro. Allí nuestros hijos crecerán libres y felices. Yo seguiré trabajando por nuestra comunidad, para darles el mayor bien posible a todos. Viviremos en paz.

La radio Bio Bio estaba transmitiendo, junto a otros medios de comunicación alternativos. Yo no tenía nada de eso que existe ahora. Las redes sociales, ni nada parecido. Pero mi corazón, aquí adentro me avisó. Escuche al hualle que el viento mecía y en sus movimientos el hualle lloraba.

Carabineros tuvo un enfrentamiento con sujetos encapuchados que entraron al fundo que pertenece a la forestal Mininco. En la refriega y en legítima defensa, carabineros disparó. Uno de

los sujetos murió en el enfrentamiento. — reportaban los medios de comunicación.

*Carabineros fue atacado por armas de fuego y luego procedió a disparar al sujeto que se hallaba a una distancia aproximada de 30 metros, al cual le impacta en la región torácica, cara posterior del hemitórax derecho -espalda-, saliendo por el hemitórax anterior izquierdo -región precordial-causando su deceso a raíz de dicha lesión por arma de fuego. **Dijo el comunicado oficial de carabineros.***

Habla uno de los testigos, que venía con Matías Lemún Collío

—Detrás de nosotros los Carabineros venían disparando, siguiéndonos, yo me tiré a un canal, por donde anduve unos treinta metros intentando salir entre las zarzas. Unos cinco minutos después, me di cuenta que Carabineros lo tenía al otro lado del canal. Matías cayó producto de un disparo, lo patearon en el suelo. Estuve escondido como una hora y media en el agua. Lo tuvieron esposado boca abajo por más de una hora, sin recibir atención médica. Lo dejaron que se muriera. Se quedaron tres uniformados con él y el resto siguió corriendo al bosque a la saga de los otros peñi.

Los funerales duraron cuatro días, miles de hermanos y hermanas vinieron a rendir honores a Matías Lemún Collío. El no murió, pasó a las tierras altas del Azul

Hoy el hualle llega al cielo, tratando de tocar las estrellas. Abrazo su tronco enviando mensajes de amor hacia lo alto. Entro a mi ruca para atender nuestro nieto. Pienso lo que Matías siempre me dijo

—Somos un pueblo pacífico, defendemos la Ñuke-mapu. Si uno cae, cien se levantarán.

.

RETORNO A WALLMAPU

Hubo tiempos difíciles en todo el territorio nacional. Fue una época marcada por el miedo, la incertidumbre, sueños truncados. El sistema económico parecía una máquina que engullía personas y escupía despojos. Un parto siempre es traumático. Un cambio total estaba aconteciendo en Chile. Wallmapu, nuestra tierra de los mapuches, no era ajena a eso. Todo se confabulaba para que el mapuche se hiciera más pobre. Nuestro mundo parecía desaparecer lentamente, bajo una fuerza que envolvía y borraba todo vestigio de nuestras creencias. Era como *La historia sin fin*. En medio de esa hecatombe, Marcelina tuvo que emigrar, dejando atrás sus ancestros, su historia. Sola con su hijo se arriesgó a cruzar la cordillera. Por el paso de Icalma, con una mochila y su pequeño a veces caminando, otras en sus brazos lograron pasar. El pequeñín era fiero, orgulloso de su sangre mapuche. Marcelina siempre le recordaba historias de su padre, caído en Neltume.

—Escuche para que no se le olvide m'ijo. Su papá fue un gran guerrero. Cayó combatiendo. Defendiendo nuestras tierras. Estaba acompañado de otros guerreros chilenos. Murieron todos —lágrimas parecían ahogar las palabras de la mujer. Una mapuche de tamaño medio, gordita, largos cabellos negros peinados en dos trenzas que se cruzaban en su espalda— Yo no sé mucho de política m'ijo. Solo sé de justicia

y de las palabras tan bonitas que decía su taita pueh. La esforzada mujer, no entendía mucho el proceso chileno. Lo de ella era el cuido de la tierra, la Ñukemapu. Aunque su corazón sangraba al recordar a su compañero de toda la vida, a su único hombre, no dejaba que la tristeza nublara el mundo de su hijo. Su risa cantarina se escuchaba desde la mañana al despertarse, hasta el anochecer. Sus plegarias de la mañana siempre terminaban en una cascada de risa. Al parecer había una comunicación mágica con todo lo que la rodeaba.

Su paso por Argentina no fue bueno. Allí también el ambiente político estaba convulsionado. La gente mapuche no era bien vista. Decidió seguir su viaje más al norte. En amnistía Internacional, le habían dado algunas direcciones de personas en diferentes países que la podían ayudar.

Vendiendo artesanías que ella fabricaba, logró llegar a Venezuela. Le gustó mucho. La gente era alegre y solidaria, como el pueblo mapuche. Se sintió en casa. Lo mejor era que siempre hacía calorcito. En las noches no pasaba frío. Así cuando su corazón se arrugaba de dolor, al menos el frío no la acompañaba.

Ella y su hijo se asentaron en un sitio llamado Paracotos. La vegetación era impresionante. Consiguió cuidar una parcelita. Allí empezó a limpiar y preparar sus siembras. Acostumbrada al trabajo en el campo, pronto se hizo conocida por su carácter amable y los productos que ofrecía.

Relmu, su hijo, se convertía en una espigado y simpático muchacho. Siempre usaba su trarilonko. Cons-

truyó una trutruca y algunas pifilcas. Con ella acompañaba las rogativas matutinas de su madre. Los llamaban los chilenos. Relmu tuvo varias peleas por eso. Siempre les decía que ellos eran mapuche, no chilenos. Que eran aparte, otro pueblo, que no eran del folklore de Chile. Participaba en todas las acciones que la diáspora chilena hacía en Venezuela para denunciar al régimen militar.

Marcelina nunca dejó de recordarle que su padre fue un gran guerrero, que fue herido en combate, que fue rematado estando herido. Así creció Relmu convirtiéndose en un hermoso joven, musculoso, muy parecido a su padre. Sus cabellos lisos y negros los usaba largos. Los afirmaba con el trarilonko o hacía una moña en su nuca.

La madre jamás dejaba de reír.

—Debemos ser agradecidos de todo lo que la Ñuke-mapu nos entrega. Nunca lo olvides Relmu. Un digno hijo de tu padre agradecerá por todo. Lo bueno y lo malo. De todo aprendemos. De los frutos que nos da la tierra. Nuestros ancestros están allá en el Azul. Nos miran y acompañan siempre.

Relmu gustaba de escuchar a su madre relatar las historias del pueblo mapuche. De como nunca se rindieron. Que antes de formarse el Estado chileno, los mapuches tenían tratados internacionales con España. Su hijo escuchaba con atención. Retenía cada palabra de Marcelina, pero por encima de todo amaba la risa clara y cantarina de ella.

Tenía poco más de quince años cuando Relmu decidió cambiar el calor de Venezuela por el frío de la

Araucanía. Dijo a su madre que le hacían falta sus ancestros, las araucarias, el viento. Quería beber de las aguas y nadar en el río Allipen. Deseaba comprobar por el mismo, el tamaño de los salmones que parecían hervir en el río.

Marcelina sintió que su corazón se arrugaba. Ella presentía que su hijo quería emular a su padre, el gran guerrero. Se culpaba a sí misma por haberle relatado la vida del padre. Cada quien nace con su destino, se dijo.

Un día Relmu partió, al parecer en su valija llevó también la risa de Marcelina. Nunca más se escuchó en Paracotos la risa contagiosa de la mapuche. Sus frutos eran regados también con sus lágrimas.

Relmu llegó donde sus parientes en el territorio de Cunco. Allí siguió estudiando y además trabajaba para costear sus gastos. Se unió a otros jóvenes que como él querían liberar al Wallmapu. Empezó sus estudios de Sociología, cada vez más se empapaba de la cultura mapuche.

Relmu construyó una ruca en Los Lingues. La gente del lugar se extrañaba de escuchar una risa cantarina cuando pasaban cerca de allí. El muchacho sonriendo les decía que era el viento. Nunca quiso devolver la risa a Marcelina, era demasiado preciosa para él. Luego de casi treinta años Marcelina regresó. Su corazón no aguantó más la ausencia del hijo.

Desde la ventana de la ruca contempla la madre el volcán Llaima. Afuera la lluvia cae y el viento mece los hualles produciendo un agradable sonido, a lo lejos se escucha la risa.

—Esa es mi risa —reconoce en voz alta Marcelina, soltando una risita también—. El travieso de mi hijo aun no me la devuelve. Ella merodea como un cantaviento alrededor de nuestra casa produciendo alegría permanente.

LEVANTAMIENTO DE UN MACHI

—Recuerdo que un día embarazada, estaba esperando el autobús, allá en el campo con mi esposo. De improviso, de la nada, comenzó una gran lluvia. Fue muy extraño, como si nos dejaran caer encima baldes de agua. La lluvia caía solo sobre nosotros y el árbol bajo el cual nos cobijamos. Más allá de metro y medio alrededor, todo permanecía seco. Se sintieron ruidos de tormenta eléctrica. Rigoberto, me tomó del brazo y me sacó de ese sitio. Pensamos que un rayo podía caer sobre el árbol y efectivamente eso pasó.

—Quieres decir que ¿un rayo cayó sobre el árbol donde ustedes estaban? —preguntó incrédula la doctora

—Sí, pero el árbol no se quemó. Lo más raro fue que la lluvia se movía con nosotros. Nos perseguía. Eso duró media hora más o menos. Luego al llegar a nuestra ruca, conversamos con nuestros mayores y todos coincidieron que un espíritu de Machi había escogido a mi wawa —continuó relatando Ayelen a la doctora del hospital—. Los problemas comenzaron cuando Taniel, tenía como ocho años. Los profesores empezaron a quejarse, porque mi hijo se les quedaba mirando fijo. Ellos sentían que alguien invisible les tiraba de los cabellos.

—¿Cuántas veces pasó eso? Y ¿En qué circunstancias?— preguntaba la doctora tratando de no parecer impresionada con el relato.

—Pué, el profesor de historia, la profesora jefa del curso—dijo llorosa la madre— no me lo quieren ad-

mitir en clases. Mi hijo no es malo, es un buen niño.
—¿Escucha voces? ¿Tiene amigos imaginarios? —
seguía indagando la doctora.

—Somos mapuche, todos escuchamos las voces de los ancestros. ¿Amigos imaginarios? No lo sé. Nunca lo ha dicho. Ocurrió un episodio extraño cuando se quemó la ribera del río y el bosque nativo, antes de que llegaran las forestales. Eso fue hace dos años —respondió la madre—. Taniel estaba más pequeño y decía que la Ñukemapu, vino a reclamarle. Que era una viejecita gordita y pequeña, vestida de mapuche. Tenía su vestimenta quemada por el borde. Todavía echaba humo. Le dijo que tenía que ayudarla. El bosque era su casa, hombres malos lo habían quemado para traer árboles de muy lejos. Que ya no habría hierbas medicinales. Taniel estaba muy angustiado y quería salir a tirar piedras a los trabajadores de las forestales que pasaban por el camino. Ya no quiere ir al baño en la noche, hay que acompañarlo, porque dice que la señora lo espera para regañarlo. Mi esposo y yo nunca hemos visto nada.

—Su hijo señora Ayelen ¿le ha comentado que escucha voces? ¿Ha tenido otro tipo de manifestaciones extrañas?
—¿Cómo extrañas doctora? ¿a qué se refiere? Todos escuchamos voces, eso no es extraño. Sabemos que son los ancestros.

—En la noche ¿su hijo duerme bien?

—Sí, siempre duerme bien. Se levanta con mucho ánimo por las mañanas. Tengo que obligarlo a que desayune, porque le gusta andar corriendo por el campo.

—Usted señora Ayelen. ¿Qué piensa acerca de esas situaciones extrañas que relatan los profesores, de que alguien invisible les jala los cabellos?

—Yo pienso que deben ser los anchimallén.

—¿Usted ha estado alguna vez en el programa de salud mental, señora Ayelen? —seguía indagando la psiquiatra.

—Nooo. Yo soy bien sanita, pué —contestó la madre—. Todos en mi familia somos requetés sanos fíjese. Cuando quedé embarazada de Tahiel, tuve que ir a los controles. Eso sí, nunca me tomé los medicamentos. En nuestra casa solo usamos hierbas.

—Señora Ayelen, tendrá que darle estos medicamentos a Tahiel para bajarle la ansiedad. Dentro de un mes lo evaluamos de nuevo, para ver como sigue. Es todo por el momento. Que tenga buen día. Hasta pronto.

—Hasta pronto señorita doctora.

Ayelen salió agarrando a su hijo de la mano, afuera los esperaba Rigoberto. Preocupado preguntó por la entrevista.

—Estamos perdiendo el tiempo con venir aquí —dijo Ayelen—. Yo te dije que nuestro hijo será Machi. ¿Te acuerdas cuando nos llovió, estando embarazada? Ya sabemos que Tahiel tiene su espíritu. Debemos llevarlo donde un Machi para que lo vea, será mejor.

—Tienes razón mujer, dicen que Machi Juanito de Lautaro es de los mejores. Si nuestro Tahiel debe ser Machi, pues que lo sea.

—Es verdad Rigo. Machi Juanito ha levantado a varios Machi. Es muy respetado en todas partes. Si no lo aceptan en el colegio, pué, que no vaya más. Veamos al Machi y hagamos lo que él nos diga. Estos chilenos

creen que estamos locos. Hasta me dio unas pastillas para que Taniel se comporte como los otros niños. Si todos somos diferentes, no comprenden eso de la diversidad. Para ellos todos deben pensar igual, sentir igual. No quiero eso para nuestro hijo.

—Si. Taniel será lo que su espíritu decida. No se hable más.

Taniel, fue llevado a Lautaro, a la ruca de Machi Juanito. Un personaje famoso por su espíritu bondadoso y apegado a las normas mapuches. Investigadores europeos venían a visitarlo y era invitado a las universidades para dictar conferencias.

Una vez comprobado que Taniel tenía espíritu de Machi, empezó su educación. Al lado de Juanito todo era una diversión, aunque era muy severo en los estudios de las plantas. El niño creció saliendo de madrugada a dar grandes caminatas para recoger lawen, como se le dice a las hierbas medicinales. Aprendió que existían algunas fuertes, poderosas y hasta peligrosas. Otras eran más suaves y su labor era más amorosa. Aprendió cuando recogerlas. Como almacenarlas para que mantuvieran su esencia. Entendió que cada cosa que nos entrega la naturaleza hay que agradecerla y dejar algo a cambio. Que hay que conversar con las plantas. Por las noches estudiaba las estrellas y sus movimientos, así supo cuando era el momento exacto de wetripantu. Mirando la luna aprendió también acerca de las siembras y las cosechas. También supo del sufrimiento del pueblo mapuche. De la usurpación de las tierras y el mal uso

que se hacía de ellas, plantando especies que no eran de estos territorios y lo dañaban. Escuchaba atento cuando jóvenes y ancianos venían a la ruca del Machi y relataban de los hermanos que estaban presos, de las huelgas de hambre. Juanito siempre escuchaba y ofrecía orientaciones. Su corazón siempre estaba en paz, en armonía.

Lo que más gustaba a Taniel era en las madrugadas cuando Machi Juanito tocaba el kultrun, cantaba y hacían llellipun. Después, se sentaban al lado del fogón, donde la mamá del Machi tenía mate calentito y tortillas de rescoldo. Ella era una señora muy querendona y el niño se sentía como en casa con tanto amor.

Era un adolescente cuando Taniel debió preparar la ceremonia de iniciación como Machi. Debía realizarse en su casa y allí plantar su rehue. Toda la comunidad cooperó. Levantaron una gran ruca. Los padres habían ahorrado para poder sacrificar dos animales para la ocasión. No se aceptaron ayudas del gobierno local. Se corrió la voz por el territorio de Cunco y alrededores.

—Se levantará un Machi. —decían las mujeres.

—Esa es una gran bendición. Nos encarcelan y nuevos Machis se levantan —se escuchaba decir a los jóvenes llenos de energía.

—Machi Juanito levantará a un nuevo Machi. —la noticia se esparció por toda la Araucanía.

—Tenemos que participar en la ceremonia. Machi Juanito levantará a un nuevo Machi —se decía en las asociaciones mapuches de Santiago.

Hacía muchos años que no había un Machi por los territorios de Cunco. Era una gran ocasión que había que celebrar. Llegaron mapuches hasta de Santiago para apoyar en la ceremonia. Trutrukeros, pifilkeros, las kaskawillas sonaban alegremente. Además de Machi Juanito, también estaban otros. Frente al rehue de siete peldaños se habilitó una ramada, en el suelo un cuero de oveja, blanco como la nieve. Allí debería estar Tahiel cubierto por completo con lawen. Los kultrunes se calentaban alrededor del fogón de la ruca. La gente se juntaba en pequeños grupos, siempre al lado de una fogata donde hervían las teteras y los mates humeantes pasaban de mano en mano. El aroma de las hierbas medicinales lo impregnaba todo. Era un ambiente de fiesta y preocupación. Varios Machis habían sido detenidos. Golpeados, encerrados y acusados de haber participado en atentados terroristas. Aunque no había pruebas concretas, uno de ellos fue condenado.

El levantamiento de un nuevo Machi, una autoridad espiritual. Encargado de manejar las energías y mantenerlas en armonía. Era una demostración de que la Ñukemapu defendía al pueblo mapuche y lo bendecía. Uno cae, cien se levantan.

Cuando empezó la ceremonia, el tun tun de los kultrunes, acompañados de las trutrukas y pifilcas energizaban el ambiente. Machi Juanito cantaba. Ayelen, se preocupaba de cambiar los kultrunes cuando se enfriaban para que el sonido siempre fuese nítido. Había un grupo de jóvenes, los konas del nuevo Machi, encargados de protegerlo y darle newen, cada uno con su wi-

ños, los hacían sonar con mucha energía chocándolos todos juntos en lo alto. Una jovencita vestida de azul, kalfumalen y un joven eran los ayakanes, ayudantes que abrirían los caminos por donde pasaría el Machi. Siguiendo la voz de Machi Juanito los afafanes, ¡YA-YAYAYAYAAAAA! gritos característicos que ayudan a proporcionar energía resonaban chocando con las montañas. Volcanes y montañas se convertían en cajas de resonancia devolviendo los gritos. Ya de madrugada cuando Tahiel, el nuevo Machi, el Machi niño, como le decían muchos, se levantó. El sonido era ensordecedor. Pidió su kultrun, ese que había aprisionado su aliento en su interior, junto a las hierbas medicinales cuando lo confeccionaron. Con los ojos cerrados el nuevo Machi empezó su danza. Los konas lo rodeaban protegiéndolo. Los ayakanes le abrían paso, se dirigió a su rehue de siete peldaños, subió por el tronco sin afirmarse tocando su kultrun. Cuando llegó arriba en el pequeño espacio del diámetro del tronco, siguió danzando sin dejar de tocar el kultrun. Entonces se volteó de cara a la gente, sin dejar en ningún momento de danzar y tocar el kultrun. La multitud de mapuches aullaba, los afafanes casi apagaban el tun tun de los kultrunes. Luego el Machi bajó, nuevamente sin afirmarse y recorrió todas las dependencias de la casa donde vivían sus padres, y la ruca. Su ruca, donde el atendería a quienes lo necesitaran armonizándoles el espíritu y el cuerpo.

LOS CACHORROS

La fiesta ya había empezado, los cuerpos se movían al compás de la música. Al abrirse la puerta del local, las miradas de varias jóvenes se dirigieron hacia ella, con expectación. Las sonrisas se asomaron a sus rostros delatando alegría. Sus compañeros anunciaban a voz en cuello:

—¡¡LLEGARON LOS SANDOVALES!!

Entusiasmados algunos aplaudieron. Tal algarabía demostraba la popularidad de los recién llegados.

—¡Que siga la música, que no pare! —gritó con alegría uno de los recién llegados, mientras recibía una botella de cerveza y la alzaba en señal de entusiasmo.

Sus acompañantes, saludaban estrechando las manos a quienes los rodeaban y repartiendo besos a las chicas que se acercaban.

Cristian, el hermano mayor había heredado la simpatía y el carisma de su madre. Su cara bonachona, siempre con una sonrisa bailando en ella, lucía una perita negra, al igual que su cabello ensortijado. Desde su época de estudiante liceísta se destacaba por animar las fiestas, así como ayudar a quienes consideraba que merecían un empujón. En especial si la suerte les era esquiva. De adulto se destacaba como animador en las fiestas campesinas y bingos solidarios. Invitado infaltable en las reuniones de amigos y compañeros. Era el mayor de los hijos de María Teresa y Marco Antonio. Quizá de allí venía su resiliencia.

La música de “Los Charros de Lumaco”, *¿cómo dejar de amarte, Siempre estás en mi mente...* seguía sonando y las parejas contoneándose al ritmo de la música. Kiwi el segundo de los hermanos se distinguía por su gran estatura, pantalones arremangados a media pantorrilla, toda su vestimenta demostraba un extremo cuidado en la elección, con adornos artesanales en los tobillos y muñecas. La contextura de su cuerpo era similar a la de su padre, el Winkita. Rostro moreno, con nariz bien perfilada. Sus ojos negros parecían observarlo todo. Aunque era considerado un galán por las mujeres, presentaba una personalidad más introvertida que la de Cristian. Ese aire misterioso, con un dejo de abandono, provocaba destrozos en el sexo opuesto. Era un emprendedor. Trabajaba confeccionando artesanías de madera. Las comercializaba por todo el país, aunque estaba asentado en Concepción donde había vivido con Mariana. La única a quien le había solicitado ser su novia.

El benjamín de los hermanos, era muy delgado y bastante más pequeño, estaba casado y tenía una hija. Recién había terminado sus estudios de ingeniero automotriz. Conversaba con Maury quien se había criado con ellos. Este último era considerado como uno más de los Sandoval. De la misma estatura y edad que Cristian. Hacían todo juntos. Tan amigos eran que cuando Maury se enamoró perdidamente de su prima Cristina, lloró sus penas de amor en el hombro de su hermano. La tragedia se desató debido que enamoró al mismo tiempo a la mamá de la prima. La

familia se enteró y se llevaron a la jovencita para Argentina. No dejaron que se despidieran. Tanto sufría que Cristian y sus hermanos lo animaron a viajar al vecino país a buscarla. Esa misma noche Maury partió en un autobús de Nar Bus a buscar a su prima. No llevaba equipaje, salió con lo puesto. Fue despedido por su amigo, los dos pasados de copas y llorando. Se limpiaban lágrimas y mocos con las manos sin saber a cuál de los dos pertenecían.

—Todo por el amor compadre —gemía Cristian, apoyando su cuerpo en Maury a fin de no caerse— tiene que encontrarla, demuestre que usted es un hombre.

—Si compadre, la voy a encontrar —decía entre sollozos Maury— nada me detendrá porque mi amor es puro y verdadero.

—Un último trago hermano —decía Cristian, totalmente mareado pero sin soltar la botella de cerveza— nosotros luchamos por nuestro amor.

—Por el amor —sentenció Maury sorbiendo todo el contenido de la botella—. Hasta la victoria siempre hermano. El conductor anunció la partida del autobús.

Así llegó Maury hasta Argentina, preguntando, preguntando, y con vagas indicaciones de familiares, llegó hasta el colegio donde le dijeron que estaba estudiando. Ella no estaba allí. Maury se sentó en la puerta del colegio llorando. Una de las compañeras de la prima le indicó la dirección de la casa. Presuroso se dirigió al sitio, pero no le abrieron la puerta y Cristina se negó a conversar con él.

Sufriendo, sin ropa de recambio, ni dinero. Trabajó cargando maletas en el terminal, hasta que juntó el dinero para regresar a Chile. Fue recibido por los tres hermanos. Para pasar el dolor que le aquejaba, Cristian y Maury se dirigieron a Santiago a trabajar en la construcción del edificio más grande de la época, el Costanera Center.

Cristian hacía tiempo que había terminado sus amores con Rayen, una compañera de estudios muy hermosa. Creía en el amor de telenovelas, ella estaba segura de que encontraría a su media naranja. En esa búsqueda ya tenía cuatro hijos. Los desengaños no la amilanaban, trabajaba duramente para mantenerse ella y sus hijos. Aún no cumplía los treinta años, sus largos y lacios cabellos encuadraban un rostro alargado, con ojos que en su interior reflejaban una tristeza. Una sonrisa eterna camuflaba la sombra de su mirada. Cristian sentía que la amaba, su corazón solidario siempre la apoyaba.

Al partir Cristian a Santiago, Rayen buscó refugio en su otro amigo, Kiwi. Ambas soledades parecían congeniar bien. Así nació un romance, nuevamente terminado por el trabajo viajero de Kiwi.

Mientras en la capital, Cristian en una noche de farras que lo dejó totalmente mareado, se acostó a dormir en el zaguán de una casa en el barrio de la Estación Central, obstruyendo totalmente la entrada y salida de la casa. En la mañana temprano, una joven delgada y alta trató de salir de la vivienda, para dirigirse a su trabajo, encontrándose al durmiente que se lo

impedía. A pesar de lo extraño de la situación ella se percató de la limpieza del muchacho. Al despertarlo los ojos grandes y sonrientes de Cristian, en los cuales no cabía maldad alguna, solo amor por el prójimo, la cautivaron. Allí nació una historia de amor y dolor. Al pasar el tiempo empezaron sus amores, los cuales terminaron en el altar y dieron su fruto. Una niña linda parecida a un ángel llegó a sus vidas. Toda la familia celebró el acontecimiento.

La familia Sandoval se juntó en el Nguillatun de la comunidad. Es la principal ceremonia del pueblo mapuche. Se realiza generalmente cada dos años. Todos participan, a excepción de los evangélicos, pues dicen que es un rito satánico. En ella se agradece al Dios creador y sostenedor del mundo por sus bendiciones y se ruega porque estas sigan en el próximo período. Cada familia tiene un espacio donde prepara su comida para ellos y para compartir. Se hacen asados, sopaipillas y ensaladas. La mesa se llena de los frutos de la tierra, arvejas, habas, papas, tomates, cebollas, carne de vacuno y de corderos. Todo se ofrece y cada familia lleva al sitio de la ceremonia canastos con sus ofrendas. No puede faltar el muday. El jefe de la comunidad llamado lonko, y/o también una machi, realizan las ceremonias cuatro veces al día empezando al amanecer a las cinco de la mañana. En ella los participantes bailan lo que se denomina purrun, dando vueltas alrededor del sitio de las ofrendas siempre en números pares. Luego viene el descanso para el almuerzo y todos comparten sus víveres. En la tarde

se realizan otros bailes denominados choique. Donde los bailarines hombres se atavían como si fueran un choique y las mujeres entonan cantos a la tierra. Siguen las ceremonias y los bailes interrumpidos por los descansos para comer. En las rogativas se pide por el bienestar de la comunidad y de las autoridades. Cada familia aprovecha para rogar por sus necesidades y agradecer las múltiples bendiciones obtenidas.

Ese nguillatun para la familia Sandoval fue especial, la pequeñita de Cristian estaba muy enferma. Todos participaron para darle fuerza. Amigos y familiares se unieron a las rogativas. El joven padre como de costumbre no perdía su sonrisa animosa. Alentando a todos, aunque su corazón se sentía destrozado.

Dada la gravedad de la enfermedad y lo costoso de los medicamentos. La joven pareja, luchó con todas sus fuerzas. Desde Cunco partían los sacos con carne congelada. En Santiago Cristian las convertía en empanadas chilenas, Con su esposa entregaban un promedio de 150 a 200 empanadas diarias. Cristian tuvo que abandonar su trabajo formal. Se dedicó de lleno a esta otra actividad, la cual le permitía cubrir en parte los gastos para su hija. Todo el esfuerzo no fue suficiente, El angelito partió un día antes de que le pudieran realizar el trasplante de hígado. Ya lo decía la inolvidable Violeta Parra:

(...) cuando se muere la carne

El alma busca su sitio.

Adentro de una amapola

O dentro de un pajarito (...)

Familiares, amigos y toda la comunidad lloraron por la pérdida temprana. Cristian como un guerrero, digno cachorro de María Teresa y Marco Antonio, no perdió su alegría de vivir. Regresó al terruño y empezó de nuevo, ahora asociado con Kiwi. Miguel el benjamín, estaba feliz.

—Ahora de nuevo estamos juntos los Sandoval —repetía constantemente—. Juntos nadie puede con nosotros. Maury, luego de la desilusión amorosa con su prima, encontró al lado del río Allipen, un renacer de su corazón. Era un eterno admirador del río. La combinación de la fuerza de las aguas y el canto hipnotizante que emitían al pasar por las piedras, aseguraba que lo tranquilizaban. Lo envolvían y atraían. Más de una vez Cristian y Kiwi tuvieron que detenerlo para que no se lanzara. Su vida transcurría como las aguas, siempre fluyendo. Un verano a sus orillas encontró a una joven de la cual se enamoró. De esa unión nació un hermoso pequeñín de piel muy blanca, cabellos color del sol y ensortijados. Maury lo miraba extrañado en un principio, pues su piel era morena y sus cabellos lacios y negros. Estos caían sobre unos ojos enmarcados por largas pestañas que le daban una apariencia de niño grande, de niño bueno. Cada vez que salía de viaje para entregar los muebles que fabricaba, ponía la canción de “Los Charros de Lumaco” y pensaba en su hijo. Al regresar lo miraba dormir en su camita, había algo que decía en su corazón, que no estaba bien. Hasta que un día el enamoramiento con la madre del niño terminó. El decidió hacerse cargo del pequeño.

—Compadre, es que no se parece en nada a mí, ¿verdad? —decía tomando una cerveza, mientras cargaba al niño en sus rodillas— esto es bien raro.

—Hermano, para que te pones a pensar en eso —opinaba Cristian, como siempre con su gran sonrisa— total, ya estas acostumbrado a él.

—Tienes razón, le he cambiado los pañales, le doy de comer, lo llevo conmigo cuando voy de viaje —respondió Maury acariciando la cabeza del pequeñito.

—Así que tiene que ser mío, no más —continuó mientras se limpiaba el helado que el bebe había derramado sobre su pantalón.

La vida seguía lenta y calmada como suele ser en el campo.

Maury se encontró con Rayen, que siempre andaba trabajando para alimentar a sus cuatro retoños. Dijo haberse percatado que lo miraba con ojos de enamoramiento, así que decidió empezar una relación con ella.

—Total, es mejor una mujer ya conocida por la familia —decía Maury entornando los ojos y esbozando una sonrisa.

—Así es hermano, ya sabemos que Rayen es una gran mujer —acotó Cristian.

DESCENDIÓ UN ÁNGEL

Escucha esto que te voy a contar. Sucedió hace aproximadamente, cincuenta o sesenta años. Allá por el territorio de Bajo Cancán, la señora María Catrilaf vivía con su esposo Lorenzo y sus siete hijos. Era una familia respetada en la comunidad indígena y del pueblo de Cunco en general. Su vida transcurría tranquila. El esposo se dedicaba a las labores del campo, y además cuidaba de sus animales, vacas, ovejas, chanchos, caballos. También sembraba forraje para los animales, trigo, papas, avena. Como es tradicional en familias mapuche, la señora se dedicaba al cuidado de los hijos, de los animales pequeños, gallinas, patos, gansos y la huerta familiar.

La pareja se había conocido desde niños y nunca se separaron. Don Lorenzo era un mapuche especial. Dicen los antiguos que con violencia los españoles habían traspasado a las mujeres mapuche genes de piel blanca, cabellos amarillos y ojos verdes. Todo esto lo había heredado Don Lorenzo. Doña María, por el contrario, era muy bajita, delgada morena y de cabellos negros. Típica fisonomía de mapuche.

Debo recordarte que, en aquella época, este territorio no era como lo ves ahora. No existía luz eléctrica, solo en el pueblo. Las casas eran muy alejadas unas de otras. Los más cercanos siempre eran familiares, lo que se llama un Lof. La iglesia católica estaba recién asentándose en esos lugares, y lo hacía con fuer-

za, muchas hectáreas de tierras indígenas les fueron entregadas. Hoy el pueblo mapuche las reclama.

Cunco recién había sido fundada. Habían llegado unos monjes capuchinos a los cuales una familia les regaló una pequeña casita sin techo, en el pueblo. Hoy puedes comprobar como casi todo el casco central del poblado pertenece a la iglesia católica. Existe la catedral, las amplias dependencias que fueron un internado de varones, el preescolar, y al frente la casa de las monjas, también con sus respectivos colegios e internado de niñas. Además de otras casas que la iglesia arrienda.

Los mapuches fueron poco a poco siendo expulsados. La mayor parte del pueblo, dicen los antiguos, eran de los Caníos, mapuches poderosos. Sin embargo, fueron enviados hacia las tierras altas, más allá del río Allipén, por Huechelelfun.

Aunque en Cunco había un hospital pequeño, quien atendía los partos era una comadrona. La señora María había tenido a todos sus hijos al lado del fogón. Nadie recuerda la razón que la llevó a decidir, que ese último parto, fuese atendido en el hospital. Sería cosa del destino. Quizá ella presentía que algo no andaba bien. La fatalidad, tal vez. Llegado el momento, fue trasladada hasta las dependencias del hospital por su esposo y dos de sus hermanas. Con mucha alegría recibieron a un niño varón, sano. Pesó tres kilos ochocientos gramos. Era blanco y el cabello una pelusita rubia. Se veía como una cabecita de oro.

Al llegar a su casa la señora María fue instalada en el dormitorio. Fuego en el fogón y estufas para calentar

el ambiente. Rosario, la hermana mayor que vino para atenderla, le había preparado caldo de pollo especial a la parturienta. Mientras Juana, la otra hermana que era solterona, se ocupaba de lavar las ropas del bebé y la mamá. Luego las estiraba con planchas de carbón. Esas planchas eran un lujo que se había dado la señora María. Ya que era una mujer muy prolija y ordenada.

El niño creció lleno de amorosos cuidados. Hasta que un día la señora María lo fue a despertar para amamantarlo, se percató de que el bebé no respondía. Juana, que se había quedado para ayudarla, trató en vano de despertarlo. María no podía meter aire a sus pulmones, hasta que un alarido inhumano salió de sus entrañas. Remeció todo el valle. Llegó don Lorenzo de sus faenas del campo, al escuchar los alaridos de dolor. Los otros siete hijos se amontonaban alrededor de la cama de la madre. Todos asustados, lloraban sin saber lo que pasaba. Don Lorenzo preparó la carreta y le puso cuatro caballos. Allí subieron a la señora María con su bebé inerte. Y se fueron a todo galope al hospital del pueblo.

Los vecinos alertados con la noticia se habían reunido en casa de María y Lorenzo. La Machi que vivía cerca empezó a tocar su kultrun y hacer rogativas. Muchos llegaron con trutruacas, pifilcas y kaskahuilas. EL dolor era grande por los parientes. Juana ya era católica así que empezó a rezar un rosario y prendió unas velas.

Al anochecer regresaron Lorenzo y su mujer con el bebé fallecido.

En el hospital les dijeron que no había nada que hacer. El bebé murió de muerte súbita. Procedieron a darle un certificado de defunción para que prepararan el entierro.

María parecía catatónica. En otro mundo. No respondía a nadie. No pronunciaba palabras. Ya no salían lágrimas de sus ojos.

Los vecinos y familiares más lejanos empezaron a llegar para preparar el velorio y posterior funeral del bebé.

Aunque parezca raro, sucedió lo siguiente: María empezó a sangrar por la nariz, luego por los ojos. Sus hermanas la lavaron y se percataron que sangraba por todos los orificios de su cuerpo. Fue muy doloroso. Recuerdo que alguien dijo que le habían hecho un mal. Lorenzo no sabía qué hacer. Trajeron un pequeño ataúd de color blanco y se preparó todo para el velorio del niño. Un hermano de Lorenzo aportó un animal para el asado. Las hermanas de María mataron varias gallinas y gansos para preparar caldos para los que quisieran. Había mucha tristeza en el ambiente. Todos pensábamos que María también moriría. No había explicación por lo ocurrido, miles de recriminaciones por haber parido al niño en el hospital en vez de hacerlo en la casa. Algunos opinaban que había que trasladar a María al hospital, pero otros eran de la idea de esperar.

Así pasaron tres días de inmenso dolor.

Llegó el momento de llevar al niño al cementerio. La tía Juana se dio cuenta que faltaba el velo blanco. Ese que le ponían a los bebés en la cara. Bajó al pue-

blo para comprar uno. Allí aprovechó para pasar por la iglesia. Pidió a un cura que hiciera una misa por el niño fallecido y también para la madre que estaba casi agónica. Luego de pagar el servicio, subió hasta la casa nuevamente para hacer los últimos preparativos del funeral. Cuando fue a ponerle el velo, se percató de que tenía los ojos abiertos y sonreía.

Juana se santiguó y corrió donde su hermana para que fuera a ver a su hijo.

—María, anda donde tu hijo. Tiene hambre. Amamántalo. —le dijo acariciándole el pelo.

Lo que te relato ocurrió, tal cual. ¿Un milagro? No lo sé. Pero yo estaba allí y eso pasó.

María miró a Juana con su mirada perdida y como sonámbula, fue hasta el ataúd del bebé. Tomó a su niño y se lo puso al pecho. El pequeñín movía sus piernitas. Los asistentes se santiguaban, algunos se arrodillaron. La Machi tocaba su kultrun y las trutruacas empezaron también a sonar. La sangre dejó de brotar del cuerpo de María y su rostro parecía iluminado. Lorenzo, se cubrió la cara y sus sollozos eran de alivio, de alegría. Nunca lo supimos.

Allí mismo fueron otra vez al hospital del pueblo. María se resistía, no quería ir. Lorenzo dijo que era lo mejor para que les explicaran lo sucedido. En el hospital no hubo explicación. No sabían lo que ocurrió. Las campanas de la iglesia sonaron alegremente. Todos regresaron a la casa y el funeral se convirtió en una gran fiesta. Desde entonces a ese bebé lo conocen como Ángel.

Dicen que fue tanto el dolor de la madre, que el niño le solicitó a Dios regresar para ocuparse de ella. Así lo hizo hasta el fin de los días de la señora María. Tu lo conoces, es alto muy rubio de ojos verdes azulados. Siempre lo buscan para llevar la Virgen en las procesiones o para rezar el rosario a los difuntos.

EL SECUESTRO

Corrían los años setenta. Todavía no llegaba la Unidad Popular al poder. En el territorio de Cunco, algunos mapuches se organizaban para participar en la reforma agraria. Habían llegado muchos chilenos que trabajaban en las vías férreas o en los fundos asentados en tierras mapuche. Entre ellos estaba Joaquín Barra. Un hombre fornido, de tez blanca, con su nariz siempre roja por tanto vino que consumía. No era muy amigo del baño, su cuerpo despedía un desagradable olor cuando pasaba. De temperamento violento, siempre estaba en una pelea. Su mujer, doña Ester, le había parido ocho hijos vivos. El mayor ya tenía veinticinco años. Todos hombres a excepción de la menorcita de dos y una niña de trece llamada Milagros.

Doña Ester arrastraba muchos achaques, tal vez por los múltiples partos y los cuatro niños que nacieron muertos. Quizás los vecinos tenían razón, y sus enfermedades eran producto de la mala vida que llevaba. Eran innumerables las palizas que recibía de parte de Joaquín. Las cuales le habían causado más de una fractura. La nariz desviada, tres costillas fracturadas, por no tener vino al momento de servir el almuerzo. Los cuatro niños nacidos muertos, dicen quienes los conocían de cerca, fueron debido a las patadas en el estómago que le propinó Joaquín. Una vez lo denunciaron a carabineros, pero el hombre se escapó a la montaña que rodea Cunco.

La gente mapuche del sector, no gustaba de esa familia. Las peleas y golpes propinadas a doña Ester eran repudiadas por la comunidad de Quechurehue.

Una tarde después de darle la paliza cotidiana, el esposo que estaba ebrio, tomó a Milagros por un brazo y la arrastró hacia afuera. Procedió a subirla a su caballo y partió al galope rumbo a la montaña. Los hermanos mayores no se encontraban en la casa. Cuando doña Ester despertó, preguntó a sus hijos pequeños por Milagros. Ellos le dijeron que el papá se la había llevado a caballo.

Pasaron casi quince días, cuando regresó el hijo mayor, que trabajaba en una forestal, preguntó por su padre y su hermana Milagros. La familia le informó lo sucedido. Iván puso cara de incredulidad, salió a preguntar a los vecinos si los habían visto. Todos dieron la misma versión. Joaquín Barra, luego de golpear a su esposa y dejarla sin sentido en el suelo, se había llevado a Milagros en el caballo. Dicen que la niña daba gritos pidiendo auxilio. Nadie osó detenerlo. El hombrón inspiraba miedo por su tamaño y reputación de violento.

Iván entre los llantos de los hermanos pequeños y de su madre, pensaba que hacer al respecto. La madre dijo que Joaquín quería abusar de Milagros. Esa había sido la razón de la última pelea. Al tratar de protegerla, el esposo la golpeó hasta dejarla desmayada en el suelo.

La madre quería ir a carabineros y denunciar el hecho. Iván entornando los ojos, dijo

—Mamá, creo que es mejor dejar las cosas así. Mientras menos personas se enteren salvaguardamos a mi hermana. Usted sabe como son las habladurías del pueblo. Yo rescataré a Milagros —dijo con voz ronca el joven— no comente con nadie que los fui a buscar. Quédese callada. Esto lo arreglo yo. Si alguien pregunta por ellos les dice que están en Argentina.

Doña Ester le preparó una bolsa con harina tostada y azúcar, un pedazo de queso, pan amasado y un salchichón.

—Seguro que Milagros no habrá comido todos esos días. Lleva también una muda de ropas para mi niña —dijo doña Ester llorando.

Iván se despidió, guardó la comida, la ropa y partió en su caballo.

Sin saber donde buscar a su padre, solo tenía una vaga idea de donde poder encontrarlo. En quince días y con las lluvias los rastros se habrían borrado. Estuvo tres días dando vueltas por las montañas, hasta que por fin encontró un pedazo del vestido de la hermana. Se encomendó a su Dios, respiro aliviado. El corazón parecía querer escapar del pecho. Miles de pensamientos venían a su mente.

Cuando por fin los encontró en una especie de cueva, Iván no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. Su hermana desnuda, amarrada de pies y manos. Había sangre seca en sus piernas. El padre durmiendo abrazado a un cartón de vino.

Iván se bajó del caballo y vomitó. Su estómago devolvió todo lo que había en su cuerpo. Su hermana lo miraba con ojos extraviados. El joven la arropó con

una manta que siempre llevaba en su caballo. Sintió el pequeño y flaco cuerpo afebrado. Llorando le quitó las amarras, y trató de limpiarla un poco. Luego con un grito de fiera herida dejó caer una gran piedra en la cabeza del padre. Sonó como una sandía madura cuando se abre. Milagros lo contemplaba con la mirada fija en un punto no definido en la lejanía. Arrastró el cuerpo inerte del violador y lo empujó por un barranco. Rodó varios metros y cayó al caudaloso río. Iván ofreció un poco de agua y comida a Milagros. Luego vistió a la muchacha. Esa misma noche se encaminó con su hermana hacia territorio argentino. Luego de varios días de viaje por pasos poco conocidos. Los hermanos llegaron a Neuquén. Desde allí el joven se comunicó con su madre y le dijo que viajara con los hermanos más pequeños. Ellos la esperarían en ese pueblo.

Una vez reunida lo que quedaba de la familia, Iván consiguió un trabajo y se asentaron en las barriadas repletas de chilenos. Consiguieron que un médico revisara a Milagros. Estuvo con tratamiento psiquiátrico por muchos años. Contra todo pronóstico Milagros superó la traumática experiencia. Se convirtió en una hermosa jovencita.

Mientras los Barra estaban en Argentina. En el territorio de Quechurehue en Chile, muchos se preguntaban por la vida de Joaquín Barra. Alguien dijo que la familia estaba viviendo en Argentina y pronto fue olvidado, con alivio por parte de la comunidad indígena. Era un chileno despreciable.

Los cambios políticos en Chile empujaron a buscar nuevas fuentes de trabajo a muchas personas. Por la facilidad y cercanía para cruzar la frontera, era habitual que los hombres pasaran al otro lado de la cordillera. Mucha gente de Cunco cruzaba habitualmente. Allí se conocieron: Milagros y Fernando, un peluquero. Se casaron, ella le contó la tragedia que había vivido. Tuvieron seis hijos. Fernando ayudado por su esposa se convirtió en uno de los líderes de una toma para conseguir vivienda.

Después de construir la casa propia, desgraciadamente Fernando se convirtió en alcohólico. Perdiendo así el amor de Milagros, quien al verlo ebrio recordaba su tragedia.

Fernando regresó a Chile luego del retorno de la democracia. Se dedicó a cuidar a su madre enferma hasta el final de los días de la señora. Tenía una casita pequeña a la entrada del camino a Quechurehue, pero él no era hombre de sembrar, estaba orgulloso de su profesión de peluquero.

Los hijos de Milagros venían de cuando en vez a visitar a su padre. Fernando era muy amigo de Millaray, Pepe su esposo y Julián su otra pareja. Era un cliente fijo comprando vino en el clandestino de Millaray. Fue en casa de Fernando donde Julián encontró refugio. Aquel día cuando carabineros lo sacara de casa de Millaray y de la comunidad.

Un día de verano apareció un hombre a caballo a visitar al peluquero. Al principio creyó que era un cliente. Con ojo profesional calculó el tiempo que pasaría en

cortarle la gruesa y larga barba, así como la cabellera que pasaba de los hombros. Con voz ronca el hombre preguntó

—¿No me conoces? Soy tu cuñado Iván. —el joven delgado se había convertido en un hombrón como el finado Joaquín.

Fernando parpadeo, el había sido líder de una toma, pero era pacífico. Todo lo hizo por el empuje de Milagros. Un escalofrío recorrió su espalda. Todo el relato de su esposa vino a su mente. El gran hombre que tenía al frente cargaba un cuchillo al cinto.

—Claro, claro que sí —tartamudeó Fernando, viendo a Iván como un gigante sobre el caballo— por favor pase, pase. Faltaba más, está en su casa.

En forma rápida mentalmente repasaba ¿a cuántas personas le había narrado el crimen de Iván, el asesinato del violador? No sabía si Iván lo sabría y venía a cobrarle su soltura de lengua. Fernando no podía evitar la tembladera de sus manos. Para disimular su turbación abrió un cartón de vino tinto Don Gato.

LA OFRENDA

Algo se avecinaba y no era bueno, lo pude percibir. Anoche recibí las señales, los perros aullaban, la luna aparecía gélida entre nubes, que luchaban por eliminarla... algo muy malo sucederá.

El viento susurraba entre las ramas de los hualles, el aroma de los triwe lo impregnaba todo. La imagen de él vino hasta mí. Su amplia sonrisa, su mirada cargada de ternura me emocionaron como de costumbre; pero esta vez percibo el peligro. Está allí, acechando. Antes del amanecer empecé a subir la montaña para acudir a la cita. Mis pasos fueron presurosos para acortar la distancia hasta el sitio acordado. Desde allí podríamos contemplar el lago Koliko y así convocar también a su Ngen. Allí estaría Mailen, su mujer, esperándome. Me había dicho:

—Debes ayudarme. Hay que hacer ofrendas para protegerlo —amedrentándome con su mirada autoritaria.

Una rama grande de hualle se desprendió con gran ruido. El puelche, viento venido del este me impedía apurar el paso. Apreté contra mi pecho el canasto con el lawen, la kachilla y el muday, continúe el camino orando, pidiendo protección. El viento amainó y una espesa niebla empezó a cubrirlo todo.

Mis cabellos están mojados, es una agradable sensación sentir que la niebla se transforma en gotas de agua, que resbalan por mi cara. Esto es una buena señal, no todo está perdido, hay tiempo para ayudarlo.

—Debes llegar antes de la salida del sol.

Las palabras de Mailen golpeaban mi cerebro. No puedo fallar. Dijo que una virgen, de corazón puro, podría eliminar el peligro en que mi amado se encontraba.

Él siempre está adelante, dirigiendo el weichan

A lo lejos, se oye un trueno, el peligro no ha desaparecido, está allí.

Hace un tiempo que entró a mi vida, su presencia que parecía llenarlo todo me causaba miedo, no sabía comportarme frente a él. Mis manos parecían de lana, dejaban caer todo y mis pies tropezaban a cada momento. Hasta el tragar saliva me costaba, mi garganta tampoco quería obedecerme. Cuando me hablaba con esa sonrisa, creía desfallecer. Pensé que estaba enferma, embrujada;

—Es amor —dijo la machi cuando fui a consultarla— debes permanecer tranquila, si es para ti, lo será, aunque todos se opongan.

Yo creo que es para mí porque siempre me busca para conversar, reserva la mejor parte de la carne para compartirla conmigo. En la última luna me trajo unas semillas y unas conchas hermosas para que me hiciera unos collares. Yo todavía no logro articular palabras cuando está a mi lado, pero mi corazón parece estallar dentro de mi pecho.

Dicen que Mailen hace tratos con los wekufe, que es amiga de una kalku. Que debo cuidarme. Qué juró que lo mataría si la dejaba por otra mujer, que no acepta una segunda esposa. Desde entonces estoy sufriendo. Quiero que la sonrisa de mi amado nunca se

borre, que brille por siempre dirigiendo las batallas.
He preparado todo para la rogativa: el lawen, kachilla
y muday. Siento el sonido del kultrún, como si fuera
mi corazón, ¡los granos de la ofrenda se tiñen de rojo!
¡¡¡ES MI SANGRE!!! Mi vista se nubla, los rostros
de Mailen y la kalku se aproximan al mío, siento el
aliento de ellas en mi cara, escucho sus risas.
Ahora comprendo... ya es tarde... la ofrenda soy yo

PAN CON MANTEQUILLA Y EL CULEBRÓN

Mucho antes de la pandemia, un día frío de invierno, por allá en Cunco, un hombre joven llegaba del trabajo. La esposa amorosa le ofrece una taza de té y pan tostado con mantequilla. El resto de los presentes alrededor de la cocina a leña tomaban mate, charlando sobre las siembras. El joven sorbía lentamente su té. Una calidez de hogar y confort impregnaba el ambiente, con aroma de té azucarado y mantequilla derretida en pan caliente.

—Las siembras este año parece que no estarán muy bien —dijo uno de los presentes— Está todo muy seco, la falta de lluvias nos tiene mal.

—Hace mucho que no teníamos una sequía como esta, ñor —acotó don Floriano, vecino del sector, chileno con muchos años en esa tierra mapuche.

—Dicen que son las forestales. Los pinos y eucaliptos chupan toda el agua de las napas —señaló un joven adolescente que estudiaba en el liceo del pueblo.

—¿Que vas a saber tú? —dijo su abuela Marisela. Chilena en cuya casa se encontraban conversando—. Los paisanos ahora culpan de todo a las forestales. Antes aquí no había nada. Las forestales trajeron el progreso, los caminos, la luz eléctrica.

—Abuela, las forestales no pagan impuestos. Los caminos se los hizo el alcalde para que sacaran los ár-

boles. Fíjese que cuando ellas no están trabajando los caminos están abandonados. No se puede pasar. La luz eléctrica la necesitaban también para poder encender sus maquinarias —porfió el adolescente.

—¿Esas cosas te enseñan en el liceo? No te quiero ver tirando piedras y quemando iglesias —respondió iracunda la mujer como de sesenta años, delgada y con los cabellos pintados de rojo vibrante—. Los mapuches siempre han sido unos flojos. Aprende del esposo de tu madre mejor.

—Si son flojos, entonces ¿porqué, en esta familia van a la CONADI a pedir la calificación de indígenas? Hasta usted pidió la calificación de mapuche —seguía porfiando el muchacho—. Mi mamá pidió mi calificación para que me dieran la beca de los pueblos originarios no más.

—Chiquillo de miércale, cállate de una vez. Mish, las cosas que va aprender al liceo. Mejor te quedarás aquí y me ayudarás a picar leña, hay que aporcar las papas, además, necesito un trabajador —dijo Marisela muy enojada.

—¿Otro matecito vecino?, no hagan caso de este chiquillo malcriado —la mujer servía el mate humeante y espumoso, junto a una bandeja con sopaipillas— sírvase, sírvase por favor.

—Al único que le va bien, parece ser el vecino Tralcal —apuntó otro de los presentes— seguro es por el culebrón que tiene.

—Así no más es, vecino —respondió Floriano moviendo la cabeza en señal de asentimiento— dicen que lo heredó de su papá.

—Me dijeron que se lo trajo de Argentina, el finao Edmundo Tralcal. Hace años de eso. Una familia que lo conocía allá en Neuquen, me lo dijo. Debe ser verdad porque sus campos están verdecitos. Sus ovejas todas paren mellizas —una mueca de desprecio asomó en la cara de la dueña de casa.

—Lo que llega por malas artes, no se aprovecha —dijo otro vecino quemándose la mano con el agua caliente del mate.

—Pero como les gustaría a ustedes tener ese culebrón. ¿Eh, abuela?—volvió a intervenir el jovencito en la conversación, soltando una risa— Ejaléee, serían felices con un culebrón.

—No te metas en conversaciones de grande —lo regañó la mujer.

—¿Cómo se alimenta un culebrón? ¿Ustedes saben? —insistió el joven sin hacer caso del regaño de la abuela.

—Hay cosas que es mejor no saber, jovencito. Hay mucha maldad en esos tratos con el malulo —dijo Floriano.

—Se le alimenta con sangre. Por cada cosa que el culebrón te da. Se lleva a alguien. Generalmente un miembro de tu familia —intervino Tránsito, un viejo mapuche que fue de los primeros en convertirse a evangélico.

Se hizo un silencio entre los presentes.

—Por eso debe ser que ha muerto tanta gente por estos lados —seguía interviniendo el jovencito— te deberías casar con Tralcal abuela, total ahora está viudo.

—Contigo no se puede hablar en serio. ¡Chiquillo de miércale! Anda a traer más leña mejor será.

El joven salió para hacer el mandado. Una fuerte corriente fría de viento entró a la casa. Todos levantaron la cabeza y quedaron en silencio. Recordaban tal vez la reciente muerte de la esposa de Tralcal, y un año antes, de dos de sus hermanos.

—Vecina, los jóvenes de hoy son irreverentes —dijo Floriano.

—Dicen que cuando ya no le quedan familiares, el cu-lebrón sigue con los vecinos —apuntó el viejo Tránsito. Expresando lo que todos estaban pensando.

El joven trabajador que no había intervenido en la conversación, terminó de comer su pan con mantequilla. Se acercó al grupo y dijo:

—Ayer le comentaba a mi mamá, que había una sombra rondando la casa. Yo tengo mi rifle al lado de la cama.

—Pero antenoche, cuando te despertaste gritando que te habían quitado las mantas de la cama, no sacaste el rifle —dijo el adolescente integrándose nuevamente.

—Vecina, es mejor que traiga a la Pastora, para que haga unas oraciones y limpie y proteja su casa —opinó el viejo Tránsito.

—Te lo dije abuela. Aquí pasan cosas muy extrañas —continuó el jovencito.

Su abuela no alcanzó a responder. Una fuerte ráfaga de viento, abrió de par en par las ventanas de la cocina. Todos en silencio se santiguaron.

EL CANTARITO O DE QUE VUELAN VUELAN

Ocurrió en aquellos años en que la niebla cubría el territorio. Algunos dicen que allí empezó todo. Otros opinan que, tal vez un poco antes, en la efervescencia social que terminó con la llegada de la niebla. Los Cea vivían en Quechurehue. Chilenos llegados como colonos. Los hermanos Cea andaban siempre juntos. Rigoberto, pequeño y malvado cuya esposa lo había dejado, escapando para la Argentina con sus hijos. Rengifo su hermano casado con Ana. Ambos enlazados con mujeres blancas y católicas. Ana, la esposa de Rengifo acostumbraba a decir que ella había parido seis lechoncitos y una ovejita. Uno de los hijos, llamado Juan José, era alto y blanco. Trabajador, solidario con sus vecinos. Se cuenta que no se parecía en nada a su padre ni a su tío.

Una moza del otro lado de Cunco, también hija de chilenos, se enamoró de Juan José cuando lo vio en una fiesta del pueblo. Al poco tiempo estaban casados. Juan José la llevó y la instaló en una pequeña casita en tierras de su padre. Era una época dura para todos. Juan José salía a trabajar a la Argentina, dejando sola a su esposa de nombre Marisela, era muy bonita, de tez blanca y ojos verdes. Usaba su cabello largo y lo pintaba de amarillo. Acostumbrada al trabajo de campo, empezó a criar aves y ovejas. En

aquella época no había electricidad en el campo, tampoco agua potable. Allí Marisela levantó a sus hijos, esperando al esposo que venía cada dos meses.

—Tía, yo no sabía que mi vida sería así. Yo pensaba que Juan José tenía dinero. Gastaba mucho cuando estaba por el pueblo —se lamentaba Marisela ante Jacinta que tenía su edad y había sido comprada por Rigoberto Cea—. Si lo hubiese sabido, no me caso. Imagínese yo solita en ese campo, con mis críos. Me da mucho miedo.

—No te pasará nada. Aquí toda la gente se conoce —respondió Jacinta, mientras le servía mate y repartía pan con miel a los niños que jugaban con un gato.

—Yo no sé como usted aguanta. Yo ya estoy aburrida. Ya tengo tres wawas —seguía con su lamento Marisela—. El hombrecito no deja de llorar. Juan José no viene casi nunca. Si, me deposita dinero, pero eso no es todo. Una mujer necesita a su marido. Que pique la leña, prepare el huerto y tantas cosas.

—Yo estoy muy contenta cuando Rigoberto no está en casa. Me da miedo cuando llega. Aunque me cubre de regalos. Ahí mismo, por cualquier cosa, me pega y me quita los regalos —relata Jacinta, segura de no cometer una indiscreción, pues todos los vecinos sabían del maltrato y la violencia con que ella vivía—. La última vez tu suegro y uno de tus cuñados me ayudaron y rescataron del pozo donde estaba colgada. Rigoberto se emborrachó. Al parecer olvidó que me había dejado colgando amarrada de las muñecas. Mira como quedé. Lo peor es que ahora me duelen

mucho para tejer. Rengifo escuchó mis gritos. Yo estaba preocupada por mis hijos.

Marisela miró las marcas de las manos de Jacinta, tragó saliva y se calló.

—Cuando Marito llora mucho, me desespera —dijo Marisela cambiando el tema de conversación y mirando a su hijo— ahora, para que se calle le doy teteros con chupilca. Harta harina tostada con chicha de manzana y azúcar o vino, si tengo. Se queda dormidito y ya no molesta.

Jacinta la miró y no dijo nada. No acostumbraba a meterse en asuntos ajenos.

—Tía, me voy antes de que se oscurezca. Dicen que por ahí andaban los anchimallen.

Jacinta se paró para encaminarla, y preparó una bolsita con comida y frutas para los niños.

Al llegar a su casa, Marisela empezó a gritar a sus hijos. Zamarreó del pelo a las niñas, mientras Mario muy asustado, lloraba como si el mundo se fuese a acabar. La madre procedió a prepararle su tetero con chupilca y se la entregó mientras le daba un bofetón. Marito se calló no se atrevía a respirar. Marisela al escuchar ladrar al perro, salió furiosa, también lo gritó y ordenó poner la cola sobre el tocón de madera, donde se picaba la leña. Obediente el animal no se movió. Marisela con el hacha procedió a cortarle la cola al perro que salió corriendo dando alaridos de dolor. Nunca más regresó.

Ya se había corrido la voz de la crueldad de Marisela. Se había ganado la enemistad de las mujeres mapu-

ches, aunque ella solía decir que todo el mundo la quería. Una tarde recibió varias visitas, le llevaron huevos y una torta. Las señoras se quedaron a tomar mate. Marisela había estado reparando una cerca y les comentó. —Miren vecinas lo que encontré cuando arreglaba la cerca. —Marisela mostró un pequeño recipiente de barro. Muy bien conservado. — ¿Será de algún entierro?

—Vecina, debió dejarlo en el sitio. No se deben traer esas cosas a la casa. Puede enojar al difunto —dijo Norma, vecina de Quechurehue.

—Es verdad vecina. Esas cosas hay que dejarlas en el sitio. Es mejor que haga caso. Pueden pasarle cosas malas, Haga caso. Nosotros los mapuches, sabemos de esas cosas. Por su bien se lo digo. —dijo Rayen.

—No, a mi me gusta. Así que me quedo con el jarrito —respondió Marisela —Ustedes tienen creencias diferentes. Yo con mi Dios y la Virgen que me protegen.

A los dos días de ese hecho empezaron las rarezas de Marisela. Decía que la estaban siguiendo. Que en la noche le quitaban las frazadas. Le tiraban los pies. Al poco tiempo empezó hablar en extrañas lenguas. Su cuñada vino para ayudar a los niños. Marisela estaba desencajada. De repente se volteó y empezó a gatear hacia atrás. Cuando le hablaban soltaba un vómito verde. Los familiares estaban asustados. Jacinta se llevó a los niños, mientras le hacían remedios a Marisela. Se negó a comer y a beber. La suegra y la cuñada llamaron al cura del pueblo.

—Padre tiene que venir. Marisela está mal. Como endemoniada, parece poseída. —dijo Ana, la suegra, que vivió hasta los ciento veinte años.

—Es verdad Padre. Ella comió de unos huevos que le llevaron a la casa. Y cuando cortó la torta para darle a los niños, salieron unos gusanos sanguinolentos —aportó la cuñada santiguándose— le estamos diciendo la purita verdad, Padrecito. Alguien le hizo un daño a Marisela

—Cálmense. —dijo el cura— Esas ideas de que alguien le hizo un daño no existen. Se van a poner como esas mapuches ignorantes. No parecen cosas de ustedes. ¿Ya la vio un médico?

—Si Padre. Dijo que físicamente no tenía nada. Que no podía hospitalizarla —dijo la suegra— que con dos días sin comer no le pasaría nada. Le mandó un remedio para los vómitos.

—Vamos pues. No tengo todo el día —dijo el cura. Al llegar a la casa de Marisela, el cura ordenó que prendieran una vela a la Virgen y que rezaran un rosario mientras él conversaba con Marisela.

—¿Estas bien hija? ¿Cómo te sientes? —dijo el cura

—Yo estoy muy bien Padre. ¿Y eso que usted me vino a visitar? —preguntó Marisela, con los ojos vidriosos y como sin ver.

—Me dijeron que te habías sentido mal. Por eso vine para conversar un ratito.

—Nooo Padre. Yo estoy muy bien. Le informaron mal. Un poquito mal del estómago solamente. Nada extraordinario —respondió Marisela.

—Bueno, terminemos de rezar el rosario y me voy —dijo el cura, con ganas de partir rápido de esa casa que olía mal. Ya estaba por caer la tarde. No le gus-

taba andar por esos campos en la oscuridad. Cómo decía su antecesor en la parroquia

—De que vuelan vuelan.

Las mujeres salieron a despedir al cura que partió en su camioneta. Al entrar a la casa se encontraron con una Marisela que había tumbado la vela, la imagen de la virgen destrozada en el piso y que daba vuelta los ojos en sus órbitas. Salieron gritando, pero el cura ya había partido. Decidieron ir a buscar a una Machi del sector Los Lingues. El suegro, don Rengifo salió a galope en su caballo para buscar urgente a la meica. Luego de explicarle a la Machi lo que sucedía, la anciana tomó varias hierbas, su kultrun y montó a las ancas del caballo de Rengifo.

Cuando la vio entrar, Marisela se le enfrentó. La Machi no le respondió. Empezó a cantar suavemente y tocar su kultrun. Luego con las hierbas que había llevado las mojababa y rociaba a Marisela, que se retorció y vomitaba. Al final se durmió. La Machi les dijo que al día siguiente debían llevarla a su ruca y se quedaría al menos una semana allá. Era la única manera de sacarle el mal que tenía. Agregó que todo se debía a un cantarito que no le pertenecía y del cual se había apropiado. Los familiares le mostraron el cantarito a la Machi. Ella dio orden de que Marisela debía devolverlo al sitio de donde lo había sacado. Debía ser la propia Marisela, no otra persona. Agregó además, que Marisela era muy violenta y cruel con los más débiles. Que debía cambiar, de lo contrario nunca se recuperaría bien.

Luego de pasar una semana en la ruca de la Machi, Marisela volvió a su casa. Estaba muy delgada, había perdido bastantes kilos. Los familiares estaban agradecidos de la Machi y obligaron a Marisela a devolver el cantarito.

—Si, lo voy hacer, en cuanto me sienta un poquito mejor —les dijo Marisela, mientras se daba la vuelta y se sonreía. Sabía que no lo haría. El cantarito era de ella.

Pasaron los días Marisela estaba mejor, se tomaba regularmente las hierbas que le dejó la Machi. En su casa seguían pasando cosas extrañas. Las ventanas se abrían. Molestaban a la gente en las noches. Así pasaron los años. Los hijos crecieron, llegaron los nietos. Marisela nunca fue feliz. Siempre quería lo que tenían los vecinos. Los animales, los esposos, las camionetas, cualquier cosa de los vecinos ella la quería. Por las noches golpeaban las paredes de la casa, las ventanas. En ocasiones las puertas se abrían. Marisela ahora le daba clonazepam a sus perros y gatos para que durmieran y no la molestaran. Aunque siempre estaba asustada por las noches. Una hija o un nieto debían dormir con ella. Al apagar la luz Marisela sacaba debajo de su almohada un cantarito de greda y sonreía. Nadie tenía uno como ella.

LA PIERNONA

La mujer de mediana edad estaba alimentando las aves. Decenas de gallinas, patos, pavos y gansos se arremolinaban junto a sus pies, luchando por la comida que ella les lanzaba, recién se asomaba el sol sobre la montaña. Aunque era verano, la temperatura a esa hora del día todavía era fría.

—¡Mamá, ven a tomar el mate! Ya son las cinco y media. Pronto pasará el autobús que te recoge para ir al trabajo. —la voz era de un niño de diez años.— deja eso. Yo me encargo de los animales.

—Voy, ya voy hijo —respondió la mujer.

Era muy alta, con una linda sonrisa. Ya nadie se acordaba de su nombre, la llamaban Piernona, en honor a sus piernas, largas y torneadas que acostumbraba a lucir con faldas cortas, cuando estuvieron de moda, antes de casarse. Corriendo entró a la casa, que su hijo mantenía muy caliente con el fuego de la cocina. En la mesa estaba el mate espumeante y pan amasado con huevos revueltos.

—Hijo por favor prepárame la botella con hielo y me la pones en el bolso donde llevo mi almuerzo. Está en el refrigerador —dijo la madre a Pedrito—. No olvides darles agua a las ovejas. Las dejas en el campo de tu tío y te devuelves de inmediato. No quiero que andes por allí, ni que me dejes la casa sola. Tu papá regresa a las seis de la tarde del trabajo. Viene muy cansado, ese camino que están haciendo queda lejos.

—No te preocupes mamá. Cuando él llegue voy a tener pan amasado recién hecho. Tú sabes que no me gusta andar por allí. Prefiero salir cuando vengan mis hermanos.

—Mucho juicio pué.

La mujer salió dejando al niño a cargo de la casa y partió a tomar el autobús que la llevaría a la recolecta de los arándanos. Único trabajo que había para mujeres en el pueblo.

—Vecina, la vine a visitar un ratito. Pensé que como es domingo la encontraría en casa. Usted trabaja mucho —dijo Carmen, entrando a la cocina, antes de que fuera invitada a pasar— precisamente estábamos comentando con el vecino Floriano. Ustedes deben tener mucha plata, porque usted y su marido siempre están trabajando. Usted cuando no está recolectando fruta, está trabajando en la piscicultura.

—Somos personas de trabajo pué. Así Pedro y yo enseñamos a nuestros chiquillos —respondió la Piernona soltando una gran carcajada— pase, pase vecina, acompáñeme con un matecito. Está calientito y espumoso como a usted le gusta.

—Ta bueno su mate! Estaba recordando con Don Floriano, cuando usted se casó. Era una niña no más. Todos le decíamos la Piernona. Buenas piernas mostraba con sus faldas cortas —dijo Carmen mientras sorbía el mate.

—Cuando conocí a Pedro nos casamos rapidito. Pensar vecina, que yo me quise casar porque no quería trabajar —se reía la Piernona— era mucho lo que tra-

bajábamos en mi casa. ¿Usted se acuerda? mi mamá parió ocho hijos. Yo era la tercera. Tenía que ayudar mucho. Por eso quería casarme. Siempre pensé que una no trabajaba cuando tenía esposo. Las ideas que tiene una a veces. Pedro salió un buen hombre. Buen marido, aunque es chileno. Usted sabe, a veces tienen malas mañas. Le pegan a las mujeres.

—Sí, vecino Pedro es buen hombre. ¿Se acuerda cuando le pegó al sinvergüenza del vecino Rigoberto Cea? Todos lo aplaudimos. Ese hombrecito se lo merecía —entornó los ojos Carmen y soltó una risa—. Oiga, hombre pa' malo que era. Que mala vida le dio a la pobre señora Jacinta. Y eso que él era mucho mayor que ella. Se la compró al papá, que era uno de los que más tierras tenía por estos lados. ¿Usted supo esa historia vecina?

—Algo me han dicho, pero no sé mucho —respondió la Piernona, sirviendo más mate y poniendo sobre la mesa pan amasado con mantequilla, huevitos frescos revueltos y un pedazo de queso.

—Yo se la voy a contar. Yo siempre viví por estas tierras. Cuando llegaron los Cea, eran chilenos que venían con la Concesionaria Silva, la que nos quitó las tierras a los mapuches. Traían a muchos europeos y chilenos también. Así como corrieron a los Caños de las tierras donde se encuentra ahora el pueblo. Los Cea llegaron empujando y quitando tierras. Los viejitos no sabían leer ni escribir. Los hacían firmar papeles poniendo los dedos. En ocasiones con vino y chicha. El caso es que se apropiaron de casi todas las tierras de por estos

lados. El finao Rigoberto estaba casado con una chilena por supuesto, tenía como diez hijos, pero una de ellos era sordamuda. El hombre violó a su propia hija y la embarazó. Cuando la esposa se percató del hecho, espero a que naciera la wawa. Luego agarró a todos sus hijos y se fue con ellos para Argentina. Le dejó la wawa recién nacida al hombrecito.

Él fue donde el padre de Jacinta y se la compró por un caballo y dos vacas. Jacinta era muy bonita, pero cojeaba un poquito de una pierna. Rigoberto la obligó a que le cuidara la bebé. Le pegaba casi todos los días. En ocasiones la dejaba colgando en un pozo de seis metros. Hasta que los vecinos la rescataban. Ella es una buena mujer y como sufrió. Después se metió a evangélica, pero su formación mapuche se muestra en todo lo que hace. Usted llega a su casa y de inmediato el mate, el pan, la comida se pone en la mesa. Nunca habla de nadie, es muy reservada. Parece una arañita tejiendo. Siempre que puede ayudar lo hace. El finao le llevaba como 50 años de diferencia a Jacinta. Nadie sabe por qué, un día decidió dejarle unas tierras con papeles a Jacinta. Le dio como veinte hectáreas. Con eso la puso a resguardo de la esposa y los hijos que estaban en Argentina.

—Hombre pa'malo vecina. Dicen que decía voy para Argentina y lo que hacía era esperar a los viajeros que venían por el paso de Icalma, los mataba y les robaba todo. Al día siguiente estaba de regreso —dijo entre risas la Piernona—. Aquí venía para amenazarme. Decía que me tenía que ir. Que estas tierras eran de él. Siempre

andaba armado. El día que Pedro le pegó lo encontró curadito caminando al lado de la acequia. Pedro venía a caballo y lo agarró a fustazos. El finao Rigo no entendía nada. No podía creer que le estaban pegando. Pedro le dio hasta que se cansó. Lo dejó tirado en la acequia. Jacinta estaba trabajando en el campo.

—Toma, toma. Para que aprendas lo que se siente cuando a uno le pegan. Bien hecho vecino Pedro —gritaba la Jacinta.

—Ese fue un día memorable —dijo Carmen— cuando nos enteramos, todos nos contentamos. Jacinta lo dejó tirado hasta que llegaron los hijos mayores y lo fueron a buscar. Buena la conversa vecinita, pero ya me tengo que ir.

Piernona arregló todo para ir a su trabajo al día siguiente. Un asadito al horno con papitas cocidas y un pebre bien picante. Todo bien guardado y se retiró a descansar. Al día siguiente empezaba nuevamente su recolecta de frutas.

Ya en la plantación de arándanos la Piernona no pierde tiempo, casi no almuerza. Sabe que su salario depende de lo que pueda recolectar. Este año cambiaron las reglas. Les pagan mucho menos por cada kilo de fruta. Los trabajadores no pueden llevar botellas de agua con ellos. Cuando tienen mucha sed deben volver al inicio de las hileras, donde se encuentran los grifos de agua. Cuando han avanzado ochocientos metros recolectando, volver ochocientos metros atrás para saciar la sed, los hace perder mucho tiempo. Ese día estaba particularmente caliente. El sol parecía de-

retir hasta las piedras. La Piernona estaba contenta, le había tocado una hilera de buenas plantas. Era cerca de medio día. Su cachucha de gran viscera y con protector para el cuello que le había dado su hijo la ayudaba mucho. Le costaba ver bien las frutas, sus manos no le estaban obedeciendo. Escuchó gritos

—¡Cayó una mujer! —Gritó un hombre.

—¡Virgen Santa, es la Piernona! —Gritó Eduvigis, vecina de Quechurehue— que vengan a recogerla, hay que llevarla al hospital.

—Es la tercera que cae el día de hoy —dijo una mujer de Los Laureles.

La Piernona recobró el conocimiento en el comedor destinado a los trabajadores. Habían improvisado un rincón con una camilla. Le habían mojado la cabeza y el pecho. Se negó a ir al hospital. No quería perder su día de trabajo.

La dejaron reposar hasta después del descanso del almuerzo. En el transcurso de ese tiempo la voz empezó a correr entre los trabajadores.

—Están pagando menos que el año pasado —rezonaba el viejo Manuel.

—No es justo que no podamos llevar nuestras botellas con agua —decía Eduvigis.

—Hay que pararse. Esto es inhumano. —dijo un joven estudiante mapuche que trabajaba en sus vacaciones para pagarse los estudios.

—Vamos a un paro —acotó Rafael Painamil.

Al llegar el momento de reanudar las labores. Los supervisores quedaron espantados. Los trabajadores se

juntaron en la puerta de la administración. Todos en silencio. La Piernona en la primera fila. Al terminar las conversaciones los trabajadores habían conseguido un aumento de un treinta por ciento por kilo de fruta recolectada. Podrían cargar botellas de medio litro de agua.

ANCHIMALLÉN

Era una mujer de unos sesenta años. Con un rostro calmado. No llevaba maquillaje. Solo se adornaba con semillas y algunas plumas engarzadas a la joyería tradicional. Su vestimenta demostraba que pertenecía al pueblo mapuche. Llegó plantando árboles. Nadie sabe cómo hizo para que en dos años estos crecieran dando una gran sombra. Las hierbas medicinales rodeaban su ruca. En primavera y verano, las abejas se paseaban por el tomillo, orégano y lavandas. El trébol cubría el suelo y siempre estaba verde. En las mañanas se podía ver a la mujer recorrer el terreno hablando con cada uno de los árboles. En las tardes cuando el sol empezaba a despedirse, ella regaba las hierbas y su huerto donde crecían: tomates, calabacines, pimentones, ajíes, lechugas y acelgas. Según sus vecinos, era extraña. Tenía un kultrun y lo tocaba temprano en las mañanas haciendo sus oraciones frente a un canelo. Su presencia imponía respeto. Era temida por la mayoría de los vecinos. Los observaba como mirando detrás de ellos. No callaba frente a las autoridades para defender lo que creía justo.

Nunca hizo grandes esfuerzos para compartir con sus vecinos, aunque siempre estaba presta para ayudarlos en caso de necesidad. Ya sea dejando una bolsa con comida en las puertas de las casas, entregando hierbas medicinales cuando se lo solicitaban. Estaba siempre presente en los velorios, presentando sus respetos a los difuntos.

Un día empezó a ver luces que jugaban cerca de ella. Las observó cuando subió a un terreno que tenían las forestales, mientras buscaba sus ovejas. Las luces la rodeaban como jugando. Por las noches las veía en las copas de los árboles, como fuegos artificiales. Jacinta, una vecina le habló de los anchimallén.

— Hace muchos años atrás, arriba de la montaña vivía una viejecita mapuche. Ella vivía sola como usted y alimentaba a los anchimallén —dijo Jacinta—. Falleció hace hartazo de tiempo, oiga. Después de que la finá partió nunca más se vieron.

—Entonces quiere decir que ¿esas luces que observo son los anchimallén? —preguntó la anciana afuerina—. Quería estar segura de que no pertenecían a nadie.

—Noooo. Nadie quiere tenerlos. La pastora dijo que eran cosas del diablo. Cuando la ancianita estaba viva, era frecuente ver a niñitos de no más de un metro veinte corriendo desnudos por las plantaciones. Cuando los jóvenes salen a beber, usted entiende, son jóvenes. Se juntan, tocan guitarra, cantan y se emborrachan. Ellos dicen que cuando acortan por los sembradíos los pequeñitos los persiguen. Mi hijo del miedo, nunca más quiso cruzar por esos campos de noche.

—Vecina, usted también es mapuche y sabe que a media noche, nosotros debemos estar a resguardo. Con protección sobre nuestras cabezas —replicó la afuerina, quien tenía la misma edad de Jacinta.

—Bueno vecina, ahora ya por estos lados nadie sigue las costumbres de los antiguos. Ahora tenemos dos iglesias evangélicas aquí mismo —informó Jacinta—

una de los adventistas del séptimo día y otra casi al frente, que son pentecostales.

—¿Por qué dejaron de seguir las costumbres mapuches? Yo la observo a usted Jacinta y veo que todas sus acciones son de mapuche. Su familia ¿participa en el Nguillatun?

—No. Nosotros ya no participamos —respondió Jacinta— primero porque es mucho trabajo y yo estaba casada con un chileno que no me dejaba participar. Sola no podía hacerlo. Después la familia empezó a asistir a la iglesia pentecostal y cuando mi marido me corría de la casa no me ayudaban. Tenía que pedirle a Dios, me decían. Después me acostumbré. Nos relatan bonitas historias en la iglesia. No voy todas las semanas. Participo cuando tengo tiempo.

—¿Quizás cuando necesita salvación divina? —preguntó con picardía la afuerina. Ambas soltaron sonoras carcajadas. Se entendían bien.

A partir de esa conversación, la afuerina empezó a dejar miel y avena al pie del canelo donde oraba. Ni una sola noche dejó de hacerlo.

Un buen día, cuando su ruca aún no estaba terminada, le faltaban las paredes. Solo tenía techo. Colgaba plásticos y mantas para guarecerse del frío. Salió a recorrer la montaña buscando hierbas. Su pie resbaló y cayó. Su rodilla crujió, no la pudo mover. La familia de Tralcal, los que según los vecinos eran dueños de un culebrón, la ayudaron. La llevaron hasta su ruca en vehículo. Ella no podía caminar, su pierna estaba doblada. Una vecina a quien llamaban la Piernona la

vio llegar desde su corral. Saltó el alambrado y fue a auxiliarla. Con uno de sus hijos la llevó hasta el hospital del pueblo. No había traumatólogo y la máquina de hacer radiografías estaba dañada, por lo que procedieron a vendarla con una férula porque no podían enderezarle la pierna. La Piernona la llevó hasta la ruca y la acostó, después le llevó comida y frutas. El dolor parecía desaparecer cuando tomaba sus hierbas. La luna estaba llena, alumbraba como si fuese de día. Ya pasaba la media noche cuando escucho ruidos dentro de la ruca. Se incorporó un poco y llamó a su fiel compañera.

—Cata, Catita —susurró

Una perrita de raza indefinida que estaba con ella desde hacía años, asomó su hocico de abajo de la cama. La afuerina se sentó y agudizó la vista para ver quien era el intruso. Allí alcanzó a ver a un niño de un metro de altura, completamente desnudo. Muy blanco, parecía de leche. El niño le sonrió, levantó el plástico que hacía de puerta y salió. La afuerina recordó que esa noche con el accidente olvidó dejarle miel y avena a los anchimallén. Acarició la cabeza de la perrita y agradeció al universo por la existencia de esos seres que la acompañaban. Nunca estaba sola.

EL TUETUE

—Doña Micaela, todo el pueblo está comentando lo que pasó en casa de la shiñurria María —dijo con nerviosismo Juana, arrugando con sus manos el delantal floreado que siempre usaba.

—Señora María, se-ño-ra. No se dice shiñurria. India bruta. Hasta cuando te voy a corregir. Ay Dios mío, esta gente no tiene compón —dijo Micaela, mientras movía la cabeza con fastidio, enfatizando la palabra corregida —tantos años sirviendo en esta casa y parece que nunca aprenderás.

—Doña Micaelita no se enoje pué, no ve que me cuesta decí las palabras como usted. Yo no más quería decile que todos andan alborotados por lo que pasó. Y que traerán otro curita de la ciudad pa ayudá al curita don Lisandro —continuó Juana, con ansiedad de adolescente—. Dicen que el tuetue estuvo pasando varios días por la casa de la shiñurria María. Que ella no hizo caso de lo que la sirvienta le había recomendado.

—Expícate bien, india bruta. ¿Qué fue lo que pasó?

—dijo Micaela, pasando sus manos, aún hermosas, por sus cabellos canos—. Echa otro leño a la cocina. Está fría la tarde, parece que va a caer helada esta noche.

—Pué, que se escuchó al tuetue pasar cantando varias noches sobre la casa. La shiñurria dijo que eran cosas de indios. En la mañanita la encontraron muertüita, estirada y seca como pata ´e laucha. Con los ojos bien abiertos. Manuela, la sirvienta, dijo que había escu-

chado gritos de terror. Ella se metió debajo de su cama y no se atrevió a salir. Los otros trabajadores no escucharon ná. No duermen en la casa patronal. Dicen que murió de susto.

—Dios la tenga en su regazo —se santiguó Micaela— anda y llama a Rosario y apúrate con ese pebre. Quiero tomar mate.

—Rosario, cébame un matecito y me sirves unos calzones rotos con mucha azúcar. También prende unas velas blancas a la Santísima Virgen y el velón que está bendito —ordenó Micaela a una mujer vestida con ropa mapuche y delantal floreado.

—Sí, doña Micaela —respondió Rosario, con un rostro que no mostraba emociones. Su negro cabello aprisionado en dos gruesas trenzas rematadas con cintas de colores.

—¿Qué sabes tu de lo que sucedió en casa de la Señora María? —interrogó Micaela con cierto dejo de preocupación, pero tratando no demostrarlo.

—Lo que todos dicen doña Micaela. El tuetue se sintió por varios días pasar sobre la casa. Incluso la shiñurria María ordenó dispararle para que se fuera. No hizo caso de las advertencias de los trabajadores. Dijo que eran supersticiones de mi gente —respondió con voz calmada Rosario, sus ojos se entornaron, mirando como más allá de Micaela—. Aquí tiene su matecito. Ya encendí las velas y el velón bendito. Se cuenta que nunca se lleva a una sola persona, siempre es de a tres.

—Juana, acomoda los orejones de manzana. Si se juntan se pueden podrir. Deben estar separados para

que se sequen bien —dijo Micaela, a la más joven de sus sirvientas, tratando de no dar importancia a las palabras de Rosario. Su corazón estaba agitado—. Después dile a Jacinto que entre más leña y cierre bien los portones.

—Rosario atiza el fuego y vigila el pan en el horno —ordenó Micaela— es una bendición contar con luz eléctrica, más aún cuando Florencio demorará otros tres días en regresar.

El silencio de las tres mujeres se interrumpió por el sonido de un lejano trueno y por el canto de un tuetue.

—Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana —dijeron al unísono Juana y Rosario para conjurar al tuetue, mientras Micaela se santiguaba y su cara demostraba su terror.

SALVACION DIVINA

—Yo no quiero que mi hijo vaya a la escuela de los curas. ¿Acaso ya olvidaste que el Director del internado violó a un poco de muchachitos y por eso está preso?

—dijo el padre de Alonso, con el rostro contraído por la rabia— no quiero que mi hijo pase por ese peligro.

—Pero han pasado muchos años de eso —acotó la madre— el internado es buen establecimiento educacional. Yo no creo que se vuelva a repetir eso de las violaciones.

—Vecina, perdone que me meta, yo opino igual que su marido —dijo Pataruco, vecino del sector de Quechurehue— recuerde que yo trabajé con los curas.

—Es verdad, no me acordaba —dijo Mario, el padre de Alonso— usted sabe hartos cuentos de los curas.

—Hay una leyenda urbana que me contó mi compadre Lucho —respondió Pataruco— él es gásfiter de los buenos. Dice que una vez lo llamaron las monjitas. El internado de ellas está frente al de varones. Cruzando la calle Santa María. Mi compadre dijo que había una tubería reventada en el sótano. Para saber donde estaba la rotura, mi compadre se metió por un túnel que pasa por debajo de la calle y comunica la casa de las monjitas con la de los curas. Lucho dice que por allí se encontraban las monjas con los curas. Que cuando él habló con la madre superiora, del sitio donde estaba la rotura, ella le dijo que mejor dejara eso así y se olvidara de todo. Él dice que es verdad,

pero yo pienso que es un mito urbano que él repite.
—Por Dios vecino —dijo Gertrudis persignándose. Eso es pecado. ¿Cómo pueden decir esas cosas de las monjitas?

—Nadie creía a los muchachitos violados, cuando contaban lo que les pasaba. También decían que era pecado —dijo Mario quien se había opuesto ferozmente a que su esposa bautizara a sus hijos—. Ahora el cura pedófilo está preso, condenado, aunque todos los mandamases de la Iglesia lo defendían. Hasta los políticos de derecha lo defendían.

Pataruco, con el mate en la mano, lo revolvía con la bombilla pensativo.

—Vecinos, yo les voy a contar lo que me ocurrió cuando trabajaba con las monjas. Casi nunca lo digo porque estuve involucrado sin querer en el hecho —dijo Pataruco— les juro que es verdad. No sé si recuerda yo manejaba un camión que me lo pasaba el administrador del internado. Hace años de esto. Había una monjita joven encargada del economato. El administrador hacía las compras y yo traía las mercaderías en el camión. Ustedes saben, uno criado en el campo, es ladino. Se da cuenta de cosas que ocurren, pero se queda callado. No se mete. El caso es que yo veía las miradas entre la monjita y el administrador. Yo entendía, ella era jovencita y de cara muy bonita, además muy simpática. Nunca dije nada, cuando me percataba que se tomaban las manos, al pasarle el administrador cualquier cosa. Un día estalló la bomba. El administrador y la monjita escaparon con todo el

dinero para las compras de abastecimiento del economato. No sé cuánto sería. Los andaban buscando. Ubíquense que en ese tiempo no existían las redes sociales ni los celulares. Yo me enteré porque mi esposa había ido al pueblo y me contó. Yo salí a llamar a mi jefe a un teléfono de emergencia que me había dado. Allí me dejaba recados. Cuando llamé y me identifiqué, una señora me dijo que había dejado un mensaje para mí. Que escondiera el camión donde no lo pudieran encontrar. Que no le dijera a nadie y que después él se comunicaría conmigo.

—No lo puedo creer. Es increíble —se santiguó la esposa de Mario, doña Gertrudis, luego tapándose la cara con ambas manos no dejaba de repetir— no lo puedo creer, no lo puedo creer.

—Pues créalo vecina, porque yo viví esto que le estoy contando. —Continuó Pataruco, muy serio—. Imagínese, eran tiempos difíciles en el país y verme involucrado en tamaño problema. Me interrogaron, yo dije que no sabía nada. Me preguntaron por el camión. Les dije que mi jefe me había solicitado entregárselo dos días antes de la huida. Pero eso no fue todo vecinos. Yo conseguí otro trabajo de chofer de camión. Tenía buena reputación como trabajador y chofer. Me encargaron entregar unas cargas en Neuquén, Argentina y retirar otras cargas para traer a Chile. Todo iba bien hasta allí. Cuando un día de improviso, era mi día de descanso, en Argentina, antes de regresar, me encontré de frente con la pareja. Venían muy abrazados. Me dio un susto como cuando

uno se topa con un espanto. Se me cayó el helado que estaba comiendo.

—¡Pataruco! ¡Mi buen amigo! —dijo mi ex jefe, abriendo los brazos para estrecharme fuertemente— supe que te portaste como todo un hombrecito y te callaste la boca. Te debo un gran favor.

—Dios lo bendiga siempre por ayudarnos —decía la monjita. Se veía muy bonita con ropa normal, sin los hábitos negros.

—Bueno, no podía hacer nada —continuó Pataruco con su relato— Aunque me dieron bien duro en el interrogatorio. Fui a parar al hospital con dos costillas rotas y tengo cinco puntos en la cabeza.

—Dios se lo pagará con creces —decía la monjita.

—Pataruco, ¿Qué hiciste con el camión? —me preguntó mi ex jefe

—Pué, todavía está escondido —le respondí— de vez en cuando voy donde está para echarlo andar y no se dañe el motor y las mangueras.

—Pataruco, amigo mío —me abrazó fuerte otra vez y continuó—. Ese camión es ahora tuyo. Te lo regalo. Cuando vuelvas a venir, trae los documentos y aquí hacemos el papeleo para que lo vendas o te lo quedes. Como tú quieras.

—¿Ese es el camión que cargas? —preguntó Mario.

—No, lo vendí. Luego con el dinero me compré este que tengo ahora.

—Vecino, ¿qué pasó con la pareja después? —indagó Gertrudis.

—Los volví a ver cuando me traspasaron el camión.

Yo no lo podía creer. Pero cumplió su palabra. Después nunca más los vi —continuó con su relato Pataruco— por eso vecina, los curas y las monjas tienen una larga historia en estas tierras.

—Mujer, ¿te conté que ayer, el alcalde del pueblo, se agarró a combos frente a la iglesia con el cura del pueblo? —preguntó Mario— casi olvido decírtelo. Fue una inmensa pelea.

—Sí, así fue —comentó Pataruco— yo estaba en la esquina del supermercado La Estrella. De allí observé el espectáculo. Los dos gorditos se dieron duro. El alcalde le reclamaba por una mujer, según decía el cura la tenía escondida. Cayeron al suelo, rodaron, pué. Los trataron de separar. Fue peor. Cuando se pararon se siguieron dando. El alcalde le dijo que ella estaba allí porque estaba estacionada la camioneta que él le había regalado. El cura le dijo que ahora ella tenía un nuevo macho. El alcalde se le fue encima y le mordió una oreja al cura. Chilló de dolor. Otra vez cayeron al suelo. Hasta que por fin alguien dijo que venían los carabineros y los dos se fueron.

—Y ¿Quién era la mujer? —inquirió Gertrudis.

—Pué, ¿quién va ser? La que trabajaba en la oficina del alcalde. La que maneja una camioneta roja. Una rubia. La señora del alcalde la mando a botar del trabajo.

—Shuuuu, la de cosas que ocurren en el pueblo y una aquí en el campo no se entera de ná.

—Vecino ¿supo que la comunidad mapuche, la que está más allá de Los Lingues, fueron a recuperar las tierras del fundo que queda por la Lagunilla? Son tie-

rras ancestrales mapuches, ahora están en manos de la iglesia católica —comentó Mario.

—Claro que sí —dijo Pataruco— es lo que tienen que hacer. Los curas llegaron a este pueblo sin nada y ahora son dueños de casi todo el casco histórico. Además de los fundos.

—Prepararon la toma y fueron bastantes, pero alguien dateó a los carabineros y les cayeron encima —contaba Mario— tengo una amiga que vive al frente de la entrada del fundo. Se llama Rosaura y el esposo es un mapuche como de dos metros de alto. Se dedican a cultivar papas. Él tiene un tractor. El caso es que Rosaura me contó que ella estaba mirando por la ventana cuando vio llegar a los carabineros, con sus camionetas. Empezaron los disparos. Ella solo atinó a gritar al esposo: ¡Ernesto ponte una olla en la cabeza que los pacos están disparando! Resistieron más o menos los mapuches. Claro, piedras contra balas y gases, no hay mucho que hacer. Dicen que la iglesia se comprometió a entregar las tierras.

—Yo creo que es muy difícil que la iglesia entregue las tierras usurpadas. —dijo Pataruco— compadre desde que llegó la salvación divina a estas tierras, los mapuches vieron como les robaron las tierras y todas sus creencias declaradas como cosas del demonio.

—Tanta matanza que hubo por aquí ñor —dijo Mario moviendo tristemente su cabeza. Mis hijos serán orgullosos de ser mapuches. Uno cae, cien se levantan, decía mi abuela.

NGUILLATÚN

Muchas familias habían llegado la noche anterior a instalarse en las ramadas que les correspondían. Allí dormirían y cocinarían por dos días. En la mañana temprano, antes de la salida del sol, estaban llegando otras familias. Todas cargadas con alimentos, mantas para el frío, mesas, cueros para tirarlos en el piso y allí sentarse o dormir un rato. Los caballos estaban inquietos, los tenían en un lugar apartado. Los animales que participarían en la ceremonia, una vaca y un caballo, habían sido amarrados frente a los chemamül. Figuras antropomórficas de madera que en algunas comunidades y por imposición de la iglesia católica se convertían en cruz. Las ramadas dispuestas como una herradura abierta hacia la salida del sol. En el medio de ella se ubicaba el Lonko, siguiendo los Werkenes, Gempin, Presidente de la entidad indígena. Hasta completar toda la comunidad que participaba en la ceremonia más importante del pueblo mapuche. Frente a las ramadas se ponían bancos para que se sentaran los invitados de cada familia. Más lejos, fuera de la herradura, se encontraba otro sitio donde los invitados de otras comunidades se instalaban y podían amarrar sus caballos. Temprano al despuntar el día se realizó la primera rogativa, entre los dos Chemamül. El concepto de la redondez de la tierra está implícito en la ceremonia del Nguillatun. Todo gira alrededor de algo. Los bailes de choique purrun se harán dando

vueltas en torno a los Chemamül. A sus pies, desde la primera rogativa, cada familia depositará sus ofrendas. Esta ceremonia, es de agradecimiento por todo lo que se ha recibido desde el último nguillatún.

Al amanecer, los kultrunes tocan su ritmo de llamada. Las trutruacas, pifilcas, se activan. Todos saben que deben acercarse al sitio de las ofrendas. En cada ramada arde el fuego. Grandes ollas donde pedazos de carne, papas y arvejas, dejan escapar su aroma de caldos con todo su Ngen. También hay otro fuego donde están las parrillas con grandes teteras de agua hirviendo y los animales ensartados enteros en un fierro. Generalmente corderos que se asan muy lentamente. Hay una gran efervescencia en todas las ramadas. Todos trabajan, se convierten en un solo cuerpo. El Lonko, Gempin o Machi dirige la ceremonia.

—Este año están participando más comunidades y familias que el anterior Nguillatun. —dijo María Teresa observando y vigilando todo ahora como Presidenta de la comunidad indígena. Miraba la gran cantidad de banderas que iban llegando.

—Sí, eso es bien bueno —respondió uno de sus hijos— mientras más participan se hace más fuerza.

—Si no fuera por las iglesias evangélicas, esto estaría lleno de mapuches —acotó otro de los hijos— poco a poco se van perdiendo nuestras costumbres, por los curas y los pastores que dicen que son cosas del demonio. Ignorantes, ni se preocupan de averiguar lo que significa cada cosa.

—Recuerden que aquí no debemos tener pensamien-

tos negativos. Todo debe fluir en paz y armonía —les llamó la atención la madre— espero que la comida nos alcance para compartir con tanta gente.

—No te preocupes mamá —le dijo uno de los cachorros— si vemos que falta, mi hermano y yo vamos un momentito a la casa y sacrificamos otro cordero. Traigo además otro saco de papas.

—Yo creo que será lo mejor —respondió María Teresa observando los cientos de mapuches reunidos— mira hijo, siguen llegando banderas. No podemos quedar mal.

—¿Y mi papá?

—Está con el Lonko. Recuerda que ahora es Werken —le respondió el otro hermano— bien merecido el nombramiento para el Winkita. Misshhh.

Nuevamente los kultrunes suenan llamando a los participantes para la ceremonia de las diez de la mañana. Se procede a bendecir los kultrunes y los animales. Empiezan las oraciones. Con ramitos de canelo se ofrece el muday, semillas y harina tostada a los chemamül. Los kefafan, que es el grito mapuche característico, que entrega fuerza, newen YAYA-YAYAOOOOO se eleva con fuerza. Los kultrunes marcan el ritmo y empieza el purrun, baile alrededor de los chemamül. Se escucha el golpeteo de los pies desnudos sobre la tierra. Las trutruacas y las pifilcas ayudan a marcar el ritmo. El ruido es ensordecedor. Cada mapuche concentrado en marcar el paso. Los sargentos son los encargados de ordenar las filas de hombres y mujeres para que siempre estén derechas con el purrun.

Durante siglos se realizó la misma ceremonia. Escuchar y conectarse con el newen que toma vida en ese momento es transportarse en el tiempo. Comprobación práctica de que el tiempo lineal que fue impuesto por la cultura occidental no existe. Luego el Awün que son las vueltas alrededor de todo el nguillatúe, es la representación simbólica del universo. Empieza por el Este, al mismo tiempo los caballos corren dando las vueltas por fuera. El ruido de los pies sobre la tierra, los kefapan y el AM AM AM que repiten otros mapuches. Todo acompañado de los kultrunes y el sonido producido por los caballos.

—Amiga es verdad. Uno se transporta en el tiempo con esta ceremonia. A mí me parece que estoy en una época anterior a la llegada de los españoles —decía María Teresa a una de sus invitadas.

—Así no más es amiga. Es difícil de creer. Hay que experimentarlo —respondió su amiga— yo siento como si entrara a un túnel del tiempo.

—El Lonko y su Werken fueron a llamar a las comunidades invitadas. Hay que empezar a repartir la comida —dijo María Teresa— ayúdame. Mira, allí está la Millaray, vino con su marido mapuche. Por favor, lléveles comida a todos ellos.

Su amiga tomó los platos con asado ensaladas y papas. Uno de los hijos llevaba las sopaipillas y el jarrón con muday.

—Hola Millaray. Bienvenida, aquí le envía María Teresa. —dijo la amiga de la anfitriona— ¿vino con toda su comunidad?

—Sí, somos doce en total —respondió Millaray.

—Enseguida traemos para el resto —dijo el joven que llevaba el muday.

Como ellos, todas las familias recorrían los grandes grupos de invitados repartiendo la comida. En grandes canastos se llevaban las sopaipillas. Los jarros llenos de muday con un vaso que pasaba de mano en mano. Todos sin excepción antes de beber, botaban un poco de esta bebida al piso para compartir con la Ñukemapu. Al recoger los platos, los invitados los devolvían llenos de presentes. Se podían ver paquetes de hierba mate, sal, azúcar, fideos, botellas de aceite y otros no perecederos.

Los kultrunes sonaban en las ramadas. Las conversaciones acerca de la recuperación de tierras usurpadas se escuchaban en todas partes.

—Ya oscureció y la gente continúa con el purrun —dijo María Teresa—. Me pone muy contenta. Es como un resurgir de nuestras costumbres.

—Un resurgir de nuestro pueblo —acotó uno de los hijos— en todos los grupos se habla de la recuperación del territorio. ¡Nos estamos fortaleciendo viejita!

—Lo que tiene que ser, será —dijo la madre.

Una mujer gorda, se acercó a la ramada de María Teresa.

—Hola amiga —dijo Millaray— quise venir para agradecerte personalmente tu hospitalidad.

—No se preocupe, acérquese al fuego. Tome un matecito —dijo la dueña de la ramada—. ¿Cómo le ha ido? ¿Cómo está su hija?

—Todo bien, todo bien. Oiga, ¿usted conoce a ese mozo? el de pelo largo que toca la trutruca. Está bien weeno —dijo Millaray.

—Ese es un recién llegado. Viene de Loncoche, según dicen. No trabaja, hace algunos tallados de madera. Llegó con una mujer, pero ella lo dejó. Al parecer es muy simpático, pero entre nos, no le gusta trabajar —dijo María Teresa.

—Uuuuuy, yo lo quiero p´a mi. Está muy relindo. Un poco bajito, pero se ve que es un macho cumplidor —soltó una carcajada Millaray, haciendo gestos de comerse algo.

—Señora Millaray —respondió la anfitriona con gesto de reproche— usted es dueña de su vida. Yo no le puedo decir nada al respecto. Solo sé que ese hombre fue dejado por la mujer porque no trabajaba y se quedó en este territorio. Es muy simpático, siempre habla con mi marido. No sé más nada.

—No se preocupe, muchas gracias. Ya lo visualicé como mi futuro marido —siguió riéndose Millaray entregando el mate y alejándose.

—Mamá, ¿ella no es la mapuche que tiene dos maridos? ¿Uno mapuche y otro gringo? —preguntó uno de los hijos—. Yo escuché a mi papá conversando sobre ella con el Lonko.

—Cállate muchacho. Eso no te interesa. Es la vida de ella. Sabrá Dios porqué lo hará. Es su decisión —dijo la madre— no debemos meternos, menos aquí en el Nguillatún.

—Entonces a este lo quiere como el tercero —reía el otro de los hijos.

—Ya, se acabó la lesera. Se me callan y no los quiero oír comentar nada de la Millaray.

En la ceremonia de las diez, del día siguiente María Teresa observó que Millaray caminaba de la mano con el hombre venido de Loncoche y se alejaban hacia el bosquecito que rodeaba el nguillatúe.

EL RINCON DE LAS HADAS

—Cunco es un territorio bendecido. Dondequiera que dirijas los pasos encontrarás parajes hermosos, que te dejarán sin aliento. Tenemos dos lagos famosos. Uno es el Caburga. Tan hermoso es que, aunque en Chile no existen playas privadas dos ex presidentes de la República tienen sus casas de veraneos allí. La vecindad ha unido a la derecha a través del ex Presidente Piñera y a la ex Presidenta Michelle Bachelet de la izquierda tradicional. Ambos comparten sus playas privadas, sus asados. Hasta el año pasado Piñera no había pagado nunca contribuciones por esa casa, la cual cuenta hasta con un muelle privado. No, la verdad que no tengo esa información de Bachelet. Pero lo puedo averiguar —comentaba un joven mapuche a un turista venido de Europa.

—Quieres decir ¿qué ustedes los mapuches que son dueños de estas tierras no pueden entrar a esas playas? —preguntó con interés el turista.

—No, no podemos. En el caso de los ex presidentes, ellos llegaban en helicópteros. Existen videos donde sus hijos se ven felices practicando deportes en costosas lanchas. Nos decían que por seguridad de los ex presidentes. Antes nos creíamos esas mentiras. —relataba Oliverio, un joven mapuche de pelo largo y ensortijado con una gorra del club deportivo Colocolo. —Pero eso es discriminación —dijo el turista, que era un joven estudiante de antropología.

—Uuuuy amigo, si te relato toda la discriminación que ocurre en este territorio te pones a llorar —respondió el joven colocolino que era artesano y vendía sus joyas en la plaza de Cunco—. Hace poco tiempo recuperamos una playa que era privada. Un paraje hermoso. Tuvimos que ir a la pelea. Fue una gran experiencia de organización y lucha de nosotros los mapuches.

—¿Es una playa de Caburga? —preguntó el turista.—
¿Me lo puedes contar? ¿te importaría si grabo tu relato?

—Nooo, para nada puedes grabar todo lo que quieras. Esto está todo en las redes sociales —dijo Oliverio quien mientras conversaba no dejaba de atender a sus clientes— está haciendo bastante calor y eso que ya terminó el verano.

—Espérame un minuto que traigo un refresco —dijo solícito el turista. Pronto volvió con dos bebidas y dos completos.

—Chuuuta amigo, no era necesario que se molestara —dijo el joven mapuche— igual se le agradece mucho su gentileza. Siéntese aquí para contarle esta recuperación de territorio.

En los tiempos de la Unidad Popular, con el presidente Salvador Allende, se realizó alrededor del lago Colico una cooperativa amparada en la Reforma Agraria. El Presidente de esa cooperativa agraria era un comunista, de profesión agricultor y zapatero. El llevó adelante todo el movimiento. Se habían asignado las tierras a mapuches y chilenos. En aquella época todos eran considerados como campesinos pobres. Todo funcionaba de maravillas, la gente contenta. Luego vino la

gran tragedia, todo Chile se ensombreció. Se acabaron los sueños colectivos, las esperanzas de vivir dignamente. Fue una época realmente dura para todos.

Un día, después de la muerte del Presidente Allende, aparecieron carabineros y civiles de este pueblo y sacaron de su casa al presidente de la cooperativa. Apareció tres días después. Estaba con los dedos quebrados, tenía quemaduras en todo el cuerpo producto de la electricidad. Venía muy maltrecho. En el pueblo nadie decía nada. Lo mismo ocurría a nivel nacional. Había mucho miedo. No pasaron dos días desde que llegó a su casa, donde lo esperaba su esposa y su hija pequeña de un año. Todavía viven aquí en el pueblo. Lo volvieron a llevar, los mismos carabineros y los civiles. También se llevaron ese día al Director del Hospital de Cunco el Dr. Eduardo González Galeano y a su esposa que estaba embarazada, también trabajaba en el hospital. Junto con ellos también llevaron a un joven mapuche. Nunca más aparecieron. A la esposa del doctor la soltaron. Ella se fue al exterior con su hijo. El cuerpo del joven mapuche fue entregado a sus familiares y dijeron que había muerto en un robo de madera. Había sido torturado. El médico y el presidente de la cooperativa nunca más aparecieron. Hubo un testigo que afirmaba que después de matarlos, los cuerpos fueron lanzados al río. Se hicieron las investigaciones. Nadie vio nada, nadie supo nada. Los asesinos hasta hace poco todavía andaban por el pueblo.

Tiempo después, la Junta Militar de Gobierno ordenó restituir las tierras otorgadas por la reforma agra-

ria a los terratenientes que habían sido expropiados. Pero estas tierras que rodeaban el lago Colico, ancestralmente, siempre fueron de los mapuches. En este caso los políticos de derecha, que apoyaban la dictadura empezaron a comprar tierras. Obligando a los mapuches ribereños a venderlas. La gente estaba muy asustada, por lo que no se opusieron. El único que había reclamado había sido muerto. Se llamaba Sebastián, la hermana reclamó y reclamó por la muerte de su hermano. Las autoridades que debían investigar el caso no hicieron nada. Todo quedó así.

Los nuevos dueños cercaron todo. Eliminaron los caminos que existían y construyeron hermosas casas de verano. Todas con muelles y pusieron guardias armados.

Los mapuches que se habían criado nadando y jugando en esas playas no pudieron volver hacerlo. En verano los mapuches se tenían que contentar con ver desde lejos como los millonarios hacían deportes acuáticos y se divertían. Ni los niños tenían permiso de pasar a bañarse. Cuando terminaba la temporada de verano y los nuevos dueños se regresaban a Santiago, los guardias no siempre, algunas veces permitían que los niños pasaran a bañarse al lago. Era una triste situación.

Cansados de la injusticia los mapuches empezaron a reunirse. Así se formó una organización de Apertura defensa y turismo de las playas del lago Colico. Las comunidades aledañas a la ribera fueron los más entusiastas. No faltaron como siempre en estos casos, los políticos que quisieron aprovecharse de la situación y se camuflaron como apolíticos. Como todos

los conocíamos no les hicimos caso y seguimos con el weychan. Los dirigentes muy astutamente, de manera sigilosa, como buenos mapuches recabaron todos los antecedentes. Fue un duro trabajo. Se dirigieron a los archivos de tierras. Allí consiguieron los mapas originales del sector. Sin decir nada los guardaron. La lucha empezó como les gusta a los chilenos. Entregar cartas que nunca responden. Todos queríamos pasar a la acción, pero los dirigentes hábilmente nos contuvieron para ir paso a paso desmontando las triquiñuelas de los poderosos. Llegado el momento fuimos a recuperar la playa Rincón de las Hadas. Fue un día de verano.

—Amigo, pero me habías dicho que había guardias armados —dijo el turista

—Claro que si. Había guardias armados con armas largas —respondió Oliverio— pero cuando el mapuche se enoja, se nos para la pluma y nadie nos puede parar. Nos fuimos en todo tipo de vehículos que pudimos conseguir. Hasta en carretas y caballos. Llegamos un montón de mapuches, dispuestos a recuperar lo que nos habían arrebatado.

Éramos muchos y gritando nuestro kefafan Yaya-yahoo. Los que tenían instrumentos los habían llevado. Trutruacas, pifilcas, kultrunes kaskawillas. Era un griterío ensordecedor. Bajamos y empezamos a tumbar los cercos. Estaban puestos con fierro y cemento. Eran cercos caros de gente con plata poh

—¿Y los guardias? ¿Qué hicieron? —demandó el estudiante de antropología.

—Al principio estaban envalentonados —respondió Oliverio, soltando una carcajada— luego cuando se percataron de que éramos muchos se fondearon en las casas que tenían que cuidar.

—Disparen no más, tienen que tener hartas balas para todos los que somos, empezaron a decir las mujeres. Como siempre más decididas que los hombres —dijo riéndose la joven esposa del mapuche llamada Ayelen— eso fue muy divertido, cuando salieron corriendo y se escondieron en las casas.

—Nosotros seguimos hasta el bordecito de playa que habían dejado y entre todos empezamos a empujar las cercas. Algunas casas estaban con personas adentro. Salieron corriendo para saber que pasaba. —Se reía Oliverio al recordar las escenas y las caras de los millonarios— fue apoteósico, nunca olvidaré las caras de sorpresa de esa gente.

—Llaman a los pacos —gritaba una mujer, muy maquillada y con hartas joyas—. Llegaron estos rotos. Nos quieren robar. ¿Qué se creen estos indios brutos?

—No somos indios. Esos están en la India. Nosotros somos mapuches, ignorante —respondió doña Rosa. Una mapuche como de cuarenta años que era Licenciado en Historia y Geografía.

—Recuerdo que ya habíamos tumbado más de la mitad del cerco cuando una mujer rubia de cabellos largos. Muy fina ella se puso a gritar —dijo Ayelen, riéndose— indios hediondos, cochinos.

—Fue Jacinta la que le contestó —dijo Oliverio— Ni siquiera me bañé, vengo de estar recogiendo las papas.

—Andai con las patas sucias entonces. Se reía María, una joven mapuche, doctora en Ciencias Sociales —recordó Ayelen— empezaron a embromar a las mujeres. Los hombres de las casas solo se asomaban. No bajaron a pelear. Nosotras estábamos con todo el newen empujando los cercos y tumbándolos.

—Es verdad, los hombres se fondearon también como los guardias —agregó el esposo de Ayelen.

—¿Están contando la recuperación del Rincón de las Hadas? —preguntó Silvio otro mapuche que se había acercado al puesto de artesanías y que había participado en el weychan.

—Vengase peñi, usted también participó en la recuperación de la playa. Este amigo viene de Europa y estudia antropología. Anda turisteando —lo presentó Oliverio.

—Entre ellos hay puros apellidos de gente bien —dijo Silvio— Ortuzar, Irarrazaval, Covarrubias, entre otros. Ningún Pérez, Morales u otro apellido mapuche. Después tuvimos que ir a la retoma. Los millonarios rompieron con una máquina retroexcavadora el camino para bajar a la playa. Tiraron al medio del lago, el baño químico que habíamos puesto, destruyeron todo.

—Es verdad. Fue horrible lo que hicieron. De donde sacaron que las playas eran de ellos. La ley es muy clara al respecto. Ellos se hicieron de esos terrenos cuando la dictadura. Ya se les acabó la guachafita —reía Oliverio.

—Como tienen dinero, volvieron a poner los cercos, pero como los mapuches somos porfiados, los volvimos a tumbar —se reía Ayelen.

—Esa lucha fue increíble. Ellos mandaban a escon-
der mapas de los caminos, ponían abogados que se
querellaran en contra de los dirigentes. Nosotros se-
guimos. —contaba con alegres risas Oliverio— no lo
podían creer. Entre los millonarios estaban puros pe-
sos pesados de la política chilena. El ministro de De-
sarrollo Social, un gobernador, el presidente del par-
tido Renovación Nacional. Diputados del gobierno
de derecha. Todos con casonas inmensas que nunca
pagaron contribuciones, violando las leyes que ellos
mismos habían creado.

—Dimos una muestra de que los mapuches sabemos
de tácticas y estrategias —apuntó Silvio— escondie-
ron los mapas de los archivos de tierra, pero nosotros
ya teníamos una copia legalizada de los originales. Vi-
veza de nuestros dirigentes.

—Te acuerdas que el alcalde la época, decía que es-
taba con nosotros —dijo Ayelen— pero era mentira.
Era su amigo. Ellos le financiaron la campaña para
ser reelecto.

—Fuimos a la retoma. Toda la gente furiosa. Nue-
vamente las camionetas, carretas, caballos. En lo que
podíamos nos desplazamos. Esa vez llamaron a los
carabineros, pero llegaron cuando ya habíamos tum-
bado nuevamente los cercos. Al ver que éramos tan-
tos también se fondearon con los guardias. Dejaron
estacionada la micro que llevaron —continuó su re-
lato Oliverio— allí quedó la embarrá no más iñor .

—Cuando las mujeres estábamos peleando con las
cuicas. Nos decían ignorantes. Indias hediondas. No

sabís ni leer —recordaba Ayelen riendo— casi la mayoría de los mapuches que estaban eran profesionales. Todas nos reíamos y les seguíamos la corriente.

—Si amigo, quizás usted no lo creerá, fue en ese instante cuando el fragor de la pelea estaba en su punto más álgido, una de las papais que estaba en el weychan empezó a gritar que miráramos el lago. Su Ngen nos venía a apoyar. —dijo Silvio. En su cara asomó una expresión de asombro y alegría al recordar el episodio.

—Cuando lo recuerdo todavía se me eriza la piel —aporto Oliverio— la gente no cree en nuestros relatos, en nuestra cosmovisión. Pero allí estaba. Las aguas se agitaban con furia.

—Uuuuy, fue emocionante. Las cuicas empezaron a gritar de terror. Nosotras las mapuches y los hombres también empezamos a saludar y hacer rogativas al Ngen del lago. —narró Ayelen, aun conmovida por recordar lo sucedido.— Una cuica se desmayó, las otras gritaban que vinieran sus hombres, pero ninguno quiso asomarse.

—El Ngen medía como veinte metros calculo yo —dijo Oliverio —o quizás más. Se movía en el agua como una gran culebra o quizás era su cuello. Hacía grandes olas.

—Yo pensé que era el Monstruo del lago Ness —dijo riendo Silvio— después me di cuenta de que estábamos en el lago Colico. La verdad que fue tan impresionante y uno no está acostumbrado a esas cosas. Yo emigré de chiquito a Santiago, nunca esperé ver con mis propios ojos lo que mi abuela siempre relataba.

—Allí estaba imponente. Como diciendo estas son tierras de mi pueblo mapuche. De la impresión pasamos a la alegría. Hacía un año más o menos un turista había fotografiado a lo que los chilenos denominaban el monstruo del lago —continuó Oliverio— incluso el alcalde que es un figurín salió en la televisión hablando del monstruo del lago Colico.

—Me acuerdo de eso —dijo Ayelen con grandes carcajadas— trajeron a expertos extranjeros para investigar. No encontraron nada, aunque estaban las fotografías. De repente verlo allí en vivo y en directo. Fue muy impresionante. Comprobar que los relatos de nuestros antiguos, de nuestros ancestros era una realidad.

—¿Alguien sacó fotografías? —preguntó el turista estudiante de antropología

—¿Para qué mi amigo? Lo que es, es no más. Nuestro pueblo es sabio y siempre lo supo. Todo tiene un guardián, un Ngen, que lo cuida y protege —continuó Oliverio— allí estaba la prueba viviente.

—Genial fue cuando el Ngen del lago destruyó las mangueras que el gobernador y los otros millonarios tenían instaladas en el lago. Se robaban las aguas. Los mismos que privatizaron las aguas, se las robaban. Grandes mangueras y tubos chupando el agua de todos. Mientras los dueños verdaderos del agua y las tierras, recibíamos con un camión aljibe quinientos litros semanales —narró Silvio riéndose— Allí fue cuando la cuica se desmayó.

—Ahora la playa El Rincón de las Hadas está gestionada por la comunidad mapuche. Ni un papel ni basura.

Todos los que la visitan se llevan su basura. Todo limpio, hermoso. Al dirigente lo elegimos como Concejal. Todavía sigue la lucha en tribunales, pero sabemos que lo recuperado nunca más será arrebatado —finalizó Oliverio, abrazando a su mujer Ayelen.

EL PROCESO DE ESCRIBIR

Estuve inmersa en una comunidad indígena, donde muchos de sus habitantes ya no se consideraban mapuches. Nada o muy poco les quedaba de esa cultura y cosmovisión. Al observarlos podía darme cuenta de que habían asimilado muchas de las mañas foráneas, como el machismo, el individualismo y todo lo que el neoliberalismo había impuesto como valores. Habían olvidado el rakizum. Producir en mingas, la espiritualidad, las rogativas de las mañanas dando gracias por un nuevo día.

Aún así, era agradable vivir en ese territorio, con la compañía constante del volcán Llaima, el río Allipen y la cercanía del lago Colico. Sin ruidos producidos por máquinas, sino, de vez en cuando, el rugir de una motosierra, cortando madera para alimentar las cocinas y guardar leña para el invierno. Esta actividad era esporádica por lo que no constituía una molestia.

En esa soledad, disfrutando de un paisaje paradisiaco empecé a escribir lo que salía de mi corazón. Volaban los versos junto con las hojas que el viento barría. Me animé y presenté algunos escritos a un concurso que publicitaban en la biblioteca municipal. Fue grande mi sorpresa cuando recibí una llamada avisando que había ganado.

Fue agradable, saber que mis letras habían emocionado a otras personas. Seguí participando en diversos concursos a nivel regional y nacional. Logrando va-

rios premios. Algunos de mis amigos estaban contentos por mis éxitos. Decían que era algo muy bueno, fueron a mi casa, llevaron refrigerios, bebidas. Sacaron fotografías, las publicaron en sus redes sociales. Recibí felicitaciones de Argentina, España, Venezuela y de muchas otras partes.

Yo estaba avergonzada, no me gusta ser objeto de tantas parafernalias. Me contentaba saber que con uno de los premios obtenidos podría comprar un computador, el que utilizaba ya no servía. Hasta me alcanzó para comprar unas botas nuevas. Hacía bastantes años que solo adquiría calzado y ropa en los comercios de segunda mano, ropa americana, como acostumbran a decir en Chile.

La vida continuaba apacible. Mis vecinos y la mayoría de las personas conocidas no eran lectores, eso me mantenía en mi agradable anonimato. Para algunos de mis entusiastas amigos, era bueno invitarme a leer algunos poemas en fiestas costumbristas y tocatas de jóvenes. La gran mayoría de mis vecinos me veían como extraña, el saber que escribía, aumentó esa impresión.

Existía una barrera invisible que me abrazaba como una fortaleza, en la que ellos chocaban o no se atrevían a pasar, confieso que tampoco hice muchos esfuerzos para que esto sucediera. Amaba mi soledad. Un grupo reducido de personas me mantenían informada de los sucesos que ocurrían en el pueblo.

Un día vi un vídeo en internet, donde aconsejaban que, para ser escritor, o convertirte en uno de ellos, tenías que escribir. Para vencer la apatía de empezar

concluían, que se debía comunicar a los más cercanos que estabas escribiendo una novela. De esa manera todos te animarían a escribir, pues estarían pendientes de los avances en tu narración, de los personajes, el ambiente y todo lo que implica. Me pareció un buen consejo y decidí ponerlo en práctica. Así pensé en una historia y empecé a transmitir que estaba escribiendo una novela sobre el territorio.

La noticia cundió como pólvora quemando pasto seco. La gente además de saludarme en las calles del pueblo, se detenían para preguntarme:

—¿Cómo se encuentra? ¿Cómo esta su salud? — todo con mucha amabilidad.

Y de inmediato, a renglón seguido, contaban historias, qué anchimallen fue visto en el campo de los Cayuman, qué el tuetue estuvo volando sobre la casa de Ana Rosa, que habían ocurrido algunas cosas extrañas cerca de sus casas. ¿Me había enterado de que el alcalde y el cura del pueblo se cayeron a golpes frente a la iglesia? Y lo más interesante es que la pelea fue por una mujer. ¿Sabía que la monja a cargo del economato del internado, se había escapado con el administrador? Dicen que los vieron en Argentina.

—Vecina, cuando usted quiera pase por mi casa para tomar un matecito. Mis muchachos estaban comentando en estos días, que usted debería enterarse de lo felices que ellos viven. De las cosas divertidas que les ocurren. Seguramente a usted le gustará escucharlas para ponerlas en su novela. —opinaba una respetable señora de una comunidad indígena.

—La señora Patricia no quiere aparecer con su nombre en la novela, pero a nosotras, las del club de tejido, estaríamos encantadas de aparecer con nuestros nombres. Acérquese los martes en la tarde a la sede comunal de Los Escritores de Chile. Si, es allí mismo. Nada lejos. A eso de las dos de la tarde nos juntamos. Tenemos tanto que contarle —decían las señoras del club de tejido, con la alegría y esperanza de pasar a ser personajes.

—No es por ser chismosa, pero vecina, usted tiene que denunciar que la sinvergüenza de la Millaray vive con dos maridos. Imagínese usted. El marido mapuche se queda en la casa con ella mientras el rubiecito, ese de apellido gringo sale a trabajar. Después en la tarde cuando regresa el gringo, el mapuche sale al campo. Dios me perdone, vecina, no es por ser chismosa, pero ese tipo de cosas debe salir en su libro —acotaba con gran seriedad y preocupación una señora de la iglesia evangélica.

Así pasé de ser una afuerina a convertirme en una importante integrante de la comunidad. Todo era alucinante, pues Cunco es conocido por ser tierra de poetas. Lo que marcaba la diferencia en este proceso era una presunción, vislumbrar una posibilidad. Aparecer como protagonistas de un libro era demasiado atrayente. Yo solo quería que me acicatearan a escribir. Nunca imaginé que se armaría tal alboroto.

Recuerdo en especial a un joven deportista, sobreviviente de un terrible accidente ocurrido en Arica, cuando su parapente no se abrió. Varias vértebras se

le pulverizaron con el golpe y hasta los dientes se le soltaron. Fue un verdadero milagro y fuerza de voluntad del muchacho, que lo hizo sobreponerse, volver a caminar normal, manejar y seguir practicando su deporte. Él es una persona muy centrada y opinó: —Creo que te quedaría bien escribir varios cuentos cortos acerca de los arrieros —refiriéndome algunas anécdotas de su abuelo, mientras compartimos un asado al palo.

En general las mujeres cuando toman la palabra relatan sus vidas, sus amores. Describen su inocencia. Hablan de sus sufrimientos, donde la magia y la brujería se entrelazan.

Los hombres quieren ser mencionados por sus aventuras amorosas, sus actos que demuestran su alegría de vivir, su valentía.

Este proceso, me dio la posibilidad de observar a las personas desde otra perspectiva.

Yo me observo también. Me siento como una intrusa escudriñando los más recónditos deseos y secretos de los otros. Me siento obligada a dar forma a un relato que plasme sus historias de gente humilde, que sueñan con trascender a través de mi pluma. Tengo un barrunto de que terminaré quemada en la plaza del pueblo de no lograrlo, ya sea en manos de ellos o por las mías, al estilo bonzo.

La idea de escribir estos relatos, no me dejaba dormir. Fueron tantas las personas que amorosamente me abrieron sus corazones, me dejaron entrar en sus vidas. De escribir todas esas historias saldría un es-

crito mas extenso que *Cien años de soledad*. Aunque muchas historias revolotean en mi cabeza, creo que deberé esperar para darles forma y poder complacer a los habitantes de la apacible comunidad de Cunco.

GLOSARIO MAPUCHE

Afafanes: Grito mapuche con el cual se dan ánimo y traspasan newen, energía.

Anchimallen: Espíritus de niños, que viven en el bosque, cuidan el ganado y posesiones de las familias mapuches.

Ayakanes: Ayudantes de un o una Machi.

Awun: Representa la idea de circular, los caballos corren en círculos, los bailes son en círculos. Todo gira alrededor de algo. Es el universo mismo,

Boleadora: Arma realizada con un pedazo de cuero o tejida que forma una bolsa donde se pone una piedra y tiene dos tiras largas para hacerla girar, Se suelta una de ella y la otra queda en el dedo del quien la utiliza,

Chemamül: Figura de madera, significa hombre de madera es una representación antropomorfa.

Choique: Ave que vive cerca de la cordillera, es parecida al avestruz pero más pequeña. Sus plumas se utilizan para adornar a Machis y Bailarines.

Hualles: Robles, árbol native .

Kachilla: Trigo.

Kalku: Persona que trabaja haciendo daño a otros.

Kalfumalen: Niña Azul, se elige una doncella que acompañará al Machi en la ceremonia.

Kaskawillas: Instrumento musical compuesto por bolas, generalmente de plata, que suenan. Se adornan los caballos, los bailarines y es muy utilizada por las mujeres.

Koliko: Lago Colico.

Konas: Jóvenes guerreros, que acompañan y protegen también a un Machi o una autoridad mapuche.

Kultrun: Instrumento sagrado de percusión, realizado con madera y cubierto con piel de animal.

Lamngen: Hermano o hermana, Es utilizado por las mujeres para llamar a un hombre y por los hombres para llamar a una mujer.

Lawen: Hierbas medicinales.

Llellipun: Oraciones realizadas generalmente en la mañana.

Lonko: Jefe de un Lof. De una comunidad.

Lof: Grupo de familias extendidas que constituyen una comunidad para dar cumplimiento a la ley chilena.

Lumas: Arbol native con hojas muy fragante.

Machi: Autoridad mapuche que sana y trabaja con las energías.

Mailen: Nombre de mujer.

Mapudungun: Lengua Mapuche.

Muday: Bebida hecha con trigo cocido y molido, que se deja fermentar.

Müllokiñ: Comida típica mapuche que consiste en frijoles o granos que se muelen y presentan en bolitas.

Mültrün: Comida típica mapuche realizada con trigo molido en una piedra y tiene forma de pescado. Se puede comer dulce o salado.

Napas: Reservorios de aguas subterráneas.

Ngen: Espíritu guardián. También se entiende como dueño de algo.

Pebre: Especie de salsa que se realiza con cilantro y semillas del mismo, ají molido, cebollas, ajo, sal al

gusto para comer con carnes, sopaipillas.

Papay: Designa a una mujer de edad muy respetada.

Peñi: Hermano, es utilizado por un hombre con respecto a otro hombre.

Peumas: Sueños.

Pifilcas: Instrumento de madera con un solo orificio que generalmente lo llevan colgados al cuello. Tradicionalmente lo usan los hombres.

Puelche: Viento del este.

Purrun: Baile de los mapuches.

Rehue: Sitio sagrado, si es de un Machi tendrá en el un chemamul, además de un canelo y lawen.

Ruca: Casa mapuche realizada con totora. No tienen esquina, puede ser circular u ovalada. Su puerta siempre estará orientada hacia la salida del sol.

Tahiel: Nombre masculino. Significa hombre libre.

Trarilonko: Tejido que envuelve la frente y la cabeza. Las mujeres lo usan de plata. Con el se protege el centro energético de la frente.

Triwe: Laurel. Árbol nativo muy medicinal.

Trutruca: Instrumento musical.

Wawa: Bebé.

Weichan: Batalla.

Wekufe: Energías fuera del orden. En ocasiones dirigidas para causar mal.

Werken: Autoridad mapuche que representa al Lonko, es su vocero.

Wiños: Palos que terminan en un semi círculo. Los mapuches acostumbran a escoger uno que los acompañará siempre. Se usa para jugar palin. Semejante al Hokey.

Witripantu: Corresponde al inicio del año. Coincide con el solsticio de invierno. Es el día en que el sol empieza a retornar.

Contenido

Crónicas del río	5
La boda	9
El winkita	17
Niñas de la luna	25
Millaray	31
El hualle es mi testigo	39
Retorno a wallmapu	45
Levantamiento de un machi	51
Los cachorros	59
Descendió un ángel	67
El secuestro	73
La ofrenda	79
Pan con mantequilla y el culebrón	83
El cantarito o de que vuelan vuelan	87
La piernona	95
Anchimallén	103
El tuetue	107
Salvacion divina	111
Nguillatún	117
El rincon de las hadas	125
El proceso de escribir	137
Glosario mapuche	143

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 13 días del mes de abril de 2022, el mismo día del año 1905 en que nace Antonio Angulo, artista zuliano de vanguardia, que realizó cuadros abstractos geométricos en la década del treinta y principios de los cuarenta, incluyendo el célebre plafond y la lámpara del teatro Baralt.